

**EL ENEMIGO INTIMO:
CULTURA NACIONAL Y AUTORIDAD
EN RAMIRO GUERRA Y SANCHEZ
Y ANTONIO S. PEDREIRA**

Arcadio Díaz Quiñones*

*Deseo agradecer a mis colegas Gervasio García, Juan Gelpí, Angel Quintero-Rivera y María Elena Rodríguez Castro, con quienes he discutido frecuentemente los temas desarrollados aquí. Rolena Adorno, Robert Conn, Pedro García Eggen, Jorge Klor de Alva y Karl D. Uitti han tenido la amabilidad de leer un borrador tentativo de este trabajo brindándome un valioso apoyo.

Una versión abreviada del artículo aparece en inglés en el volumen editado por Alistair Hennessy, *Intellectuals in the Twentieth-century Caribbean, II* (Warwick University Caribbean Studies). Londres, Macmillan Caribbean, 1992, pp. 99-121.

ARCADIO DIAZ-QUIÑONES es catedrático en la Universidad de Princeton donde dirige el *Program in Latin American Studies*. Entre sus publicaciones sobresalen *El almuerzo en la hierba: Lloréns Torres, Pales Matos, René Marqués*. Río Piedras, Ediciones Huracán, 1982; "Tomás Blanco: racismo, historia, esclavitud" en Tomás Blanco, *El prejuicio racial en Puerto Rico*. Río Piedras, Ediciones Huracán, 1985; y *Cintio Vitier: la memoria integradora*. San Juan, Editorial Sin Nombre, 1987.

mas nosotros [...] que no somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles: en suma, siendo nosotros americanos por nacimiento y nuestros derechos los de Europa, tenemos que disputar éstos a los del país y que mantenernos en él contra la invasión de los invasores [...]

Simón Bolívar
Carta de Jamaica

It is possible today to be anti-colonial in a way which is specified and promoted by the modern world view as "proper", "sane" and "rational". Even when in opposition, that dissent remains predictable and controlled. It is also possible today to opt for a non-West which itself is a construction of the West. [...] Even in enmity these choices remain forms of homage to the victorious. [...] The West has not merely produced modern colonialism, it informs most interpretations of colonialism.

Ashis Nandy

**The Intimate Enemy: Loss and Recovery
of Self Under Colonialism**

Los "hombres de letras" en el período colonial, como lo sugirió Angel Rama, constituían una pequeña y poderosa *ciudad letrada*. Aunque subordinados a los centros metropolitanos, los "dueños de la escritura" disponían de un poder significativo. El argumento de Rama es que mediante el ejercicio de la letra escrita, los escribas, eclesiásticos y funcionarios reales -en un contexto fundamentalmente iletrado- lograron una extraordinaria autoridad y el apoyo de la Iglesia y del Estado. Al mismo tiempo, los hombres de letras contribuyeron a la legitimidad del poder político y a la riqueza de la élite. Este grupo social especializado -arraigado en una tradición político-filosófica masculina- reclamó su poder en la escritura y se distanció de las inmensas mayorías indígenas, mestizas, esclavas o serviles que no tenían acceso a ella. "La propiedad y la lengua delimitaban la clase dirigente" escribe Rama, y "el uso de esa lengua acrisolaba una jerarquía social,

daba prueba de una preeminencia y establecía un cerco defensivo respecto a un entorno hostil y, sobre todo, inferior".¹ Los fundamentos de la cohesión social colonial se sustentaban, en gran medida, en una extensa red de letrados que manipulaban los lenguajes simbólicos y dirigían sus mensajes a poblaciones de lenguas y culturas heterogéneas.

Se podría argumentar que conceptualizar dicha élite especializada supone que ésta podía ejercer un control absoluto. En efecto, ningún debate sobre la distribución del poder y el saber puede ignorar la estructura jerárquica de la sociedad colonial y pos-colonial. La *ciudad letrada* era, no cabe duda, brazo derecho de la clase dominante, y le dio apoyo moral a la empresa militar y eclesiástica. Pero la historia de la relación entre la élite europea o criolla ilustrada y los grupos subalternos no es lineal ni monolítica. Las pautas intelectuales y los puntos de intersección culturales, así como las formas de identidad y resistencia, constituían un proceso más complejo y multifacético que el que puede sugerirnos Rama. Nancy M. Farriss, Rolena Adorno y otros han demostrado que en el período colonial los límites entre las élites y los grupos subalternos no siempre son tan nítidos. Con frecuencia se caracterizan por una multiplicidad de apropiaciones dinámicas por ambas partes, resistencias y asimilaciones cuyas tensiones

¹ Este problema ha sido diseñado y clarificado por Rama en su libro *La ciudad letrada*. Hanover, Ediciones del Norte, 1984. A fin de evaluar la significación de la frase citada, ver p. 46. En cuanto a ensayos afines del propio Rama, ver la antología *La crítica de la cultura en América Latina*, volumen editado por Saúl Sosnowski y Tomás Eloy Martínez. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1985. Ver también José Luis Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. México, Siglo XXI, 1976. Asimismo, debo mi reconocimiento a Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo por *Literatura y sociedad*. Buenos Aires, Hachette, 1983, en particular los ensayos "Del campo intelectual y las instituciones literarias", pp. 83-100 y "De la historia literaria en la perspectiva sociológica", pp. 119-161. Para un complejo y sugestivo trabajo sobre los intelectuales, la genealogía y el poder, ver Paul A. Bové, *Intellectuals in Power: A Genealogy of Critical Humanism*. Nueva York, Columbia University Press, 1986.

no deberían olvidarse.² No obstante, Rama subraya efectivamente los nexos entre hegemonía cultural y política y, desde esa perspectiva, sus categorías resultan productivas. Traza, en gran escala, los rasgos dominantes de la *ciudad letrada*, dejando el problema planteado. El núcleo de su ensayo se sitúa directamente en las consecuencias sociales de un alfabetismo restringido, abriendo el camino para un reexamen de los discursos y prácticas intelectuales. Inspirándose en la teoría de la burocratización de Max Weber y en la teorización sobre el discurso y el poder de Foucault, se refiere a un orden impersonal, que con sus propias normas y regulaciones constituye un grupo fundado en la opinión autorizada y la superioridad técnica. De este modo, el problema de la *autoridad* se manifestaba tanto en la dimensión social como intelectual y, desde un comienzo, se entrelazaba con problemas culturales más generales planteados por la diferenciación social. Por supuesto, la complejidad del asunto justificaría un estudio más pormenorizado que el de Rama.

En este ensayo me propongo examinar el papel de los letrados en las definiciones modernas de la nacionalidad en el Caribe hispano: la cultura de élite del nacionalismo, sus renovadas formas de conciencia histórica y sus proyectos de validación racional y moral. Más específicamente, trataré de

² Ver en particular, Nancy M. Farriss, *Maya Society Under Colonial Rule: The Collective Enterprise of Survival*. Princeton, Princeton University Press, 1984; Rolena Adorno, *Guaman Poma, Writing and Resistance in Colonial Peru*. Austin, The University of Texas Press, 1986; y Serge Gruzinski, *La colonisation de l'imaginaire: sociétés indigènes et occidentalisation dans le Mexique espagnol, XVIe-XVIIIe siècle*. Paris, Gallimard, 1988). Estos libros proporcionan enfoques esenciales del tema con poderosos y convincentes argumentos. Ver también de Rolena Adorno, "La ciudad letrada y los discursos coloniales", *Hispanamérica*, año 16, núm. 48, 1987, pp. 3-24. Para el concepto de "subalterno", ver las valiosas exposiciones en el volumen editado por Rajanit Guha y Gayatri S. Spivak, *Selected Subaltern Studies*. Nueva York, Oxford University Press, 1988. Además, de G.S. Spivak, diversos ensayos en *In Other Worlds: Essays in Cultural Politics*. Nueva York, Routledge, 1988.

demostrar, a través de algunos ejemplos, cómo los intelectuales caribeños de la década del 20 y del 30, en la búsqueda de fundamentos que les permitieran luchar contra la nueva dominación colonial, produjeron poderosos -y ambiguos- relatos nacionales. Ramiro Guerra y Sánchez (1880-1970) y Antonio S. Pedreira (1898-1939), cuyo pensamiento será el eje de este trabajo, contribuyeron a la constitución de una historiografía nacionalista que asumió una unidad inherente con respecto al pasado, y generó sentido a través de exclusiones sociales, raciales y sexuales. Más allá de sus evidentes diferencias, los textos de Guerra y de Pedreira pueden formar pareja y servir de interlocutor el uno al otro.

Ambos escritores nos dieron un modo específico de leer la historia y la cultura como zonas muy especiales y privilegiadas en la conceptualización de la nación. Pero, ¿qué era esa cultura? ¿De dónde derivaba su autoridad? Para responder a estas preguntas, estudiaré aquí aspectos de dos textos fundacionales que convirtieron la tradición cultural en objeto de búsqueda: *Azúcar y población en las Antillas* (1927) de Ramiro Guerra y Sánchez, e *Insularismo* (1934) de Antonio S. Pedreira. Ambos quisieron ser, por así decir, representantes morales de una cultura que aparecía bajo el signo de la crisis. En sus textos hay algo más que un proyecto de reformas: le dieron forma vehemente a la vida histórica y al “ser nacional”, y elaboraron una noción de “crisis de cultura” que ponía en peligro su cohesión. Esta noción de la “crisis de la cultura”, estudiada inteligentemente por Carlos J. Alonso en su libro sobre la novela regionalista, es el contexto de la preocupación por la tierra y del discurso de lo “autóctono” en ficciones contemporáneas de Guerra y de Pedreira, como lo son *La vorágine* (1924) de José Eustasio Rivera y *Doña Bárbara* (1929) de Rómulo Gallegos.³ Difícilmente puedan leerse hoy las

³ Ver el excelente libro de Alonso, *The Spanish American Regional Novel: Modernity and Autochthony*. Cambridge, University Press, 1990. Alonso pone el énfasis en la “crisis” necesaria para pensar la cultura y su historicidad: “[...] For one must first conceive of a culture as a closed, internally homogeneous system, before it can be described as having lost or as being in danger of losing its immanent integrity and

tradiciones intelectuales cubana y puertorriqueña fuera de la recepción y la influencia que tuvieron *Azúcar y población en las Antillas* e *Insularismo*. La fuerza reproductiva de su autoridad yace bajo la forma del ensayo y han logrado retener su poder institucional, hasta el punto de que aún hoy no carecen de continuadores.

Mi preocupación específica es cómo la nación se construye repetidamente en textos claves que pertenecen a la tradición moderna inscrita en el contexto colonial, y de qué manera la identidad política, como dice Joan W. Scott, "al igual que las instituciones sociales y los símbolos culturales, es una forma de producción del saber".⁴ Por otra parte, quisiera discutir el problema de los *beginnings* en el sentido claro y preciso -y sin duda también problemático- en que Edward W. Said teoriza esta noción. El discurso nacionalista supone la localización de un *comienzo* para la nación y, a veces, la elección de un *comienzo* (punto de partida) para la tradición intelectual que le permita al letrado definir la cultura nacional y reinscribir su pasado. Escribe Said: "Con frecuencia, en especial cuando la búsqueda de un comienzo se lleva a cabo dentro de un marco moral e imaginativo, el comienzo entraña el fin o más bien: lo implica."⁵ Veremos, por lo menos en un esbozo, que la

connectedness. Hence, one could submit that the "source" of the perceived cultural crisis lies not in the supposedly threatening historical situation that confronts the group under consideration, but rather in having internalized from the beginning a paradigm of culture that makes it impossible to account for historicity and chronological flux except in the mode of crisis " (p. 9).

⁴ En el excelente libro de Joan W. Scott, *Gender and the Politics of History*. Nueva York Columbia Univeristy Press, 1988, p. 6.

⁵ Edward S. Said, *Beginnings: Intention and Method*. Nueva York, Columbia Univeristy Press, 1985, p. 41. Los trabajos de Said abarcan un vasto espectro de temas referidos a esta problemática. Ver en especial su estudio crítico, ya clásico, sumamente sugestivo del saber de Occidente sobre la tradición exótica e intelectual que "inventó" el "Oriente", *Orientalism*. Nueva York, Pantheon Books, 1978. Hay traducción española: *Orientalismo*. Traducción de María Luisa Fuentes, Madrid, Libertarias, 1990.

búsqueda de una tradición nacional ha llevado a algunos intelectuales a reconstrucciones históricas en las que se constituyen a sí mismos como sujetos moralmente libres y capaces de conservar -de restaurar- los valores "superiores" del pensamiento racional occidental frente al embate arrollador de los cambios materiales y políticos. Espero sugerir también, que en Guerra y en Pedreira, frente a la crisis e inseguridades que penetraban todos los rincones de la práctica social en las colonias, era urgente la reapropiación y la transformación de los modelos ilustrados que, paradójicamente, eran modelos imperiales. Como sugiere Ashis Nandy, el colonialismo es una experiencia muy "íntima". Hasta el punto que con frecuencia sus paradigmas de raza y cultura perduran, interiorizados, aun cuando se lucha contra él y se trata de dislocar su aparato institucional de saber y de poder: "es un enemigo íntimo".⁶ Es indudable que el texto de Guerra comparte con el de Pedreira una tendencia a hacer gravitar toda la historia en torno a la continuidad de la cultura europea, incluidas sus jerarquías, metáforas y convenciones discursivas. El historiador cubano Raúl Cepero Bonilla se había referido ya en 1948 a la sistemática tendencia excluyente de la tradición liberal criolla.⁷ La escritura histórica de los países coloniales puede caer fácilmente en el mismo esencialismo del cual se acusa a los dominadores. Por ello, a pesar de la fuerza de las voces construidas en los textos de Guerra y de Pedreira, y de los reclamos de autonomía política y cultural, sus proyectos no dejan de ser problemáticos y vulnerables.

⁶ Ver el libro de Nandy, *The Intimate Enemy: Loss and Recovery of Self Under Colonialism*. Calcutta, Oxford University Press, 1983. Como dice Nandy en la sección que he usado como epígrafe de este trabajo, la cultura occidental no sólo ha producido el colonialismo moderno, también ha generado muchas de las interpretaciones que sus adversarios anticolonialistas siguen repitiendo.

⁷ Me refiero, desde luego, a su extraordinario ensayo *Azúcar y abolición*, en el que documentó el mito de la pureza racial y los vínculos entre racismo y nacionalidad en el caso cubano. Hay una edición más reciente: La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1971. Acaso el título era una réplica a las versiones históricas de Guerra.

II

Cualquier discusión sobre estos problemas debe empezar por examinar de qué forma los intelectuales reivindican para sí las prácticas literarias y políticas que les permiten definir la nación. Utilizo deliberadamente los términos “letrados” e “intelectuales” para establecer una distinción. El problema debe verse históricamente. Empleo “letrados” según la definición de Rama, para referirme a una tradición cultural más antigua, definida en contraste con las culturas orales subalternas. Pero mi interés aquí se centra precisamente en la transformación de los “letrados” en “intelectuales” modernos con nuevas instituciones y prácticas. Sin embargo, como lo demuestran los ejemplos de Guerra y de Pedreira, el proceso de constitución de intelectuales modernos en el Caribe ha sido inestable y precario. A menudo, los intelectuales “modernos” conservan muchas de las características y funciones de los viejos “letrados”. Son a la vez arcaicos y muy modernos.⁸

La definición de la nación se vincula con el poder de la escritura y con las tradiciones definidas por los letrados. Constituye una práctica poética y política que indaga, a la vez, las fuentes de coherencia simbólicas y sociales. Es a través de un proceso *imaginario* que el discurso puede “nombrar” una realidad nacional, construir un sujeto, imponerle límites ideológicos e institucionales, definir sus características.⁹ En el

⁸ Sobre el concepto de “tradiciones intelectuales”, ver Edward Shils, “Intellectuals, Tradition, and the Traditions of Intellectuals: Some Preliminary Considerations”, en S.N. Eisenstadt y S.R. Graubard, (eds.), *Intellectuals and Tradition*, I, número especial de la revista *Daedalus*, Spring 1972, pp. 21-34.

⁹ Utilizo el término “imaginario” en el sentido que le otorga Cornelius Castoriadis en *The Imaginary Institution of Society*, traducido por Kathleen Blamey, Cambridge, Polity Press, 1987. Ver sobre todo el capítulo 3 “The Institution and the Imaginary”, y 4, “The Social-Historical”, pp. 115-220. Escribe Castoriadis: “La historia es imposible e inconcebible al margen de la imaginación *productiva o creativa*, al margen de aquello que hemos llamado la *imaginación radical* tal como se manifiesta en forma indisoluble tanto en el *acontecimiento* histórico como en la constitución -anterior a cualquier

contexto colonial, la nación se define y redefine con el fin de validar proyectos de transformación o resistir cambios. Uno de los argumentos principales del libro reciente de Partha Chatterjee proporciona una intuición esencial: el discurso nacionalista se constituye en el proceso histórico, apropiándose del racionalismo occidental. Al hacerlo, se encuentra en pugna "contra todo un cuerpo de convicciones sistemáticas, una lucha que es política y a la vez intelectual".¹⁰ Chatterjee se propone restituir una tensión dialéctica en la concepción de la nación y su constitución como discurso de poder. El discurso nacionalista en el contexto nacional -afirma- es simultáneamente una negación y una afirmación. Recoge los elementos del discurso nacional metropolitano (calcando su modelo) y los reproduce, pero también desea negarlos. Pretende medirse con la cultura dominante, es decir, con la cultura imperial, a la vez que tiene que cuestionarla. En ese intercambio a veces se alcanza una significación nueva. La política (implícita en el pensamiento nacionalista) tiende a rever ese marco de saber que se jacta de dominarla, a desplazarlo, a sustituir su autoridad y desafiar su moral. Sin embargo, en su propia constitución como discurso de poder, el pensamiento nacionalista anti-colonial no puede considerarse sólo como una negación, como un repudio del poder imperial. Es, también, un discurso *positivo* que intenta reemplazar la estructura del poder colonial con un nuevo orden moral: el del poder nacional.¹¹ La colonia, o mejor dicho, el espíritu colonial,

racionalidad explícita- de un universo de *significaciones*", p. 146 (La traducción es mía).

¹⁰ Partha Chatterjee, *Nationalist Thought in the Colonial World: A Derivative Discourse?* Londres, United Nations University, 1986, p. 42.

¹¹ *Ibid.*, p. 42. El renovado interés por el estudio del nacionalismo se manifiesta en publicaciones recientes: ver Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Londres, Verso, 1983 y Eric J. Hobsbawm, *Nations and Nationalism since 1870: Programme, Myth, Reality*. Cambridge, Inglaterra, Cambridge University Press, 1990. Una productiva recopilación de

está y no está al mismo tiempo presente en los discursos nacionalistas y en la búsqueda de nuevas alianzas y afiliaciones. Se trata de una ambivalencia constitutiva.

III

El discurso y las narraciones nacionalistas resultan centrales en el siglo 19 latinoamericano y caribeño. Cualquier consideración sobre este tema en el siglo 20 requiere una reflexión sobre el período de la emancipación y las guerras de la independencia. Los comienzos del siglo 19 marcan el principio de la tradición "moderna", y es importante ver, aunque sea muy rápidamente, cómo se constituye entonces el discurso nacional. En el siglo 19, la ciudad letrada, que no es -como lo reconoce Rama- una entidad fija y estable, fue capaz de adaptarse y transformarse, reclamando todo el tiempo el derecho a definir el uso y el significado de las palabras. La significación política del papel que los letrados desempeñaron en el orden simbólico y social fue decisiva: difundieron ideas

ensayos sobre las narrativas nacionalistas en Homi K. Bhabha (ed.), *Nation and Narration*, Londres y Nueva York, Routledge, 1990. En especial los ensayos de: Timothy Brennan, "The National Longing for Form"; Doris Sommer, "Irresistible Romance: The Foundational Fictions of Latin America" y Homi K. Bhabha, "DissemiNation: Time, Narrative, and the Margins of the Modern Nation". De Bhabha, además, es pertinente para este tema el ensayo "Signs Taken for Wonders: Questions of Ambivalence and Authority under Tree Outside Delhi, May 1817" en *"Race," Writing, and Difference*, editado por Henry Louis Gates, Jr. Chicago, University of Chicago Press, 1985, pp. 163-184. Ver también, como muestra de una creciente reelaboración del problema en Latinoamérica, el trabajo de Mabel Moraña, *Literatura y cultura nacional en Hispanoamérica (1910-1940)*, parte de la "Series Towards a Social History of Hispanic and Luso-Brazilian Literatures". Minneapolis, Institute for the Study of Ideologies and Literatures, 1984; el de Oscar Terán, *En busca de la ideología argentina*. Buenos Aires, Catálogos Editora, 1986. Véase el reciente replanteo sobre el criollismo de Adolfo Prieto, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Buenos Aires, Sudamericana, 1988.

emancipadoras, redactaron audaces constituciones liberales y elaboraron un discurso de diferencia con respecto a la metrópoli fundado en un modelo polarizado de la sociedad: americanos versus españoles, "nosotros", "ellos".¹²

En el enfrentamiento con el "enemigo", y a medida que el grado de conflicto se volvía mas nítido y amenazante, era necesario forjar la "unidad": se minimizaron entonces las grandes diferencias sociales y culturales internas. Los letrados elaboraron los paradigmas de ruptura con el pasado ibérico, los primeros proyectos liberales y de modernización y se lanzaron a la búsqueda de nuevos "orígenes" que dieran inteligibilidad a la historia y al futuro. El resultado fue una transfiguración del pasado, tanto a partir del presente como del futuro deseado. Los textos de Bolívar a principios de siglo, y los de Martí a finales, nos permitirían analizar las grandes líneas del discurso anticolonialista del siglo 19.

En los textos de Bolívar, por ejemplo, se construye un sujeto "americano" en el marco de una narrativa dominada por la dicotomía *civilización/barbarie*. Bolívar intentó transformar América a través de un conjunto de valores europeos que excluían el legado hispánico. Su pensamiento está formado por la noción de *diferencia*. Un "nosotros" diferenciado fundado en los valores de la Razón y la "civilización", mientras que España se convertía en la imagen del "otro" que ocupaba el polo de una "barbarie" anacrónica. Esto, donde se puede ver con más claridad, es en la *Carta de Jamaica* (1815), uno de los textos fundadores de América, en el que los conflictos ideológicos aparecen en forma abierta y virulenta. *La diferencia* se convierte en un arma y las discontinuidades tajantes se hacen más profundas.

En la alegoría de la nación de Bolívar, España resulta una "madrastra desnaturalizada", un momento negativo que debe

¹² La elaboración del discurso "americano" como una de las formas de identidad en la época de la independencia es estudiado por José Carlos Chiaramonte en "Formas de identidad en el Río de la Plata luego de 1810", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana*, Universidad de Buenos Aires, núm. 1, 3ra. serie, 1er. semestre de 1989, pp. 71-92.

superarse. Al mismo tiempo, Bolívar sostiene que la “civilización” europea exige inculcar nuevas necesidades, en particular, la de introducir tecnología occidental como parte del proceso civilizador. Para él, la colonia española señalaba un retroceso histórico; aparece como pura negatividad. Los viejos ídolos debían ser repudiados. Las “cadenas” de la esclavitud colonial se habían roto, y para realizar el destino, era preciso aceptar los imperativos históricos que proponía la Ilustración: “el destino de la América se ha fijado irrevocablemente; el lazo que la unía a la España está cortado [...] más grande es el odio que nos ha inspirado la Península, que el mar que nos separa de ella”.¹³

Cuando define el sujeto americano, Bolívar se refiere en forma explícita a los *derechos europeos* que habilitan y autorizan su propia voz: “[...] no somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles: en suma, siendo nosotros americanos por nacimiento y nuestros derechos los de Europa, tenemos que disputar éstos a los del país y que mantenernos en él contra la invasión de los invasores”.¹⁴ Los “derechos de Europa” producen una nueva figura de autoridad que, curiosamente, tiene que legitimarse en el Viejo Mundo, el mundo de los universales ilustrados.

José Martí, en la segunda mitad del siglo 19, bajo la presión de la guerra revolucionaria cubana de 1868 y marcado por sus experiencias en la cárcel y el exilio, afirma la nacionalidad estableciendo una diferenciación. En uno de sus primeros textos definitivos, *La República española ante la Revolución Cubana* (1873) -dirigido a los españoles liberales republicanos que habían apoyado la guerra colonial- la distancia está marcada por la imagen implacable de los “cadáveres”, héroes centrales de su relato. Los mártires de la independencia cubana se

¹³ Simón Bolívar, *Carta de Jamaica* (1815). Este texto ha sido incluido frecuentemente en antologías sobre Bolívar. He utilizado el texto que aparece en *Pensamiento político de la emancipación*, II, editado por José Luis Romero y Luis Alberto Romero. Caracas, Biblioteca Yacucho, 1977, pp. 83-99.

¹⁴ *Ibid.*, p. 89.

convierten en una imagen de profunda discontinuidad. La nueva nación, Cuba, está encarnada en estos cadáveres. Al hablar como republicano, reconoce la autoridad intelectual de la comunidad político-filosófica, y al mismo tiempo se debate contra ella, ya que los valores universales de los republicanos han sido desacreditados por los españoles. Allí donde los hombres carecen de igualdad legal como ciudadanos, no hay auténticas instituciones republicanas. Para Martí, la libertad universal se ha degradado en violencia universal. La colonia, con su mera existencia, pone en entredicho los valores ilustrados.

Martí utiliza estrategias narrativas y conceptuales, discurso indirecto y monólogo narrado, que le permiten mostrar el "crimen" colonial y adoptar la voz de un observador móvil. En un fragmento notable se refiere al vasto espacio que ninguna dialéctica puede llenar: "La sima que dividía a España y Cuba se ha llenado, por la voluntad de España, de cadáveres. -No vive sobre los cadáveres amor ni concordia [...] La República conoce cómo la separa de la Isla sin ventura ancho espacio que llenan los muertos."¹⁵ Para Martí, el *Otro* encuentra una expresión radical en España; la figura del mártir nacional recibe una valoración máxima. Al mismo tiempo, reclama la realización de la unidad cubana aboliendo las contradicciones internas de la sociedad esclavista. Conciencia nacional es conciencia de la *diferencia*, abarca y subsume todas las otras narrativas y acontecimientos, creando nuevos significados y contribuyendo al conocimiento de sí. Un desencanto y un corte marcan los *beginnings* de la historia nacional elaborada por Martí. Cubanos y españoles están condenados al desencuentro. Ese es el legado del colonialismo:

¹⁵ José Martí, *La República española ante la Revolución Cubana*. Tomo la cita de la edición crítica, *Obras completas*. La Habana, Centro de Estudios Martinianos, 1983, vol. I, pp. 108-109. Una nueva y significativa lectura sobre la política y la literatura en el siglo 19, y específicamente sobre Martí, en Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina: literatura y política en el siglo XIX*. México, Fondo de Cultura Económica, 1989.

Y no viven los cubanos como los peninsulares viven; no es la historia de los cubanos la historia de los peninsulares; lo que para España fue gloria inmarcesible, España misma ha querido que sea para ellos desgracia profundísima. De distinto comercio se alimentan, con distintos países se relacionan, con opuestas costumbres se regocijan. No hay entre ellos aspiraciones comunes, ni fines idénticos, ni recuerdos amados que los unan.¹⁶

IV

Corresponde situar a Ramiro Guerra y Sánchez y a Antonio S. Pedreira en el contexto del discurso nacionalista del siglo 19.¹⁷ En las décadas de los veinte y los treinta, Cuba y Puerto Rico, pese a sus diferencias, ofrecían similitudes notables. Ambas islas habían entrado en un proceso de modernización, pero en el contexto de una nueva dependencia colonial y de una economía dominada por el azúcar. La modernización

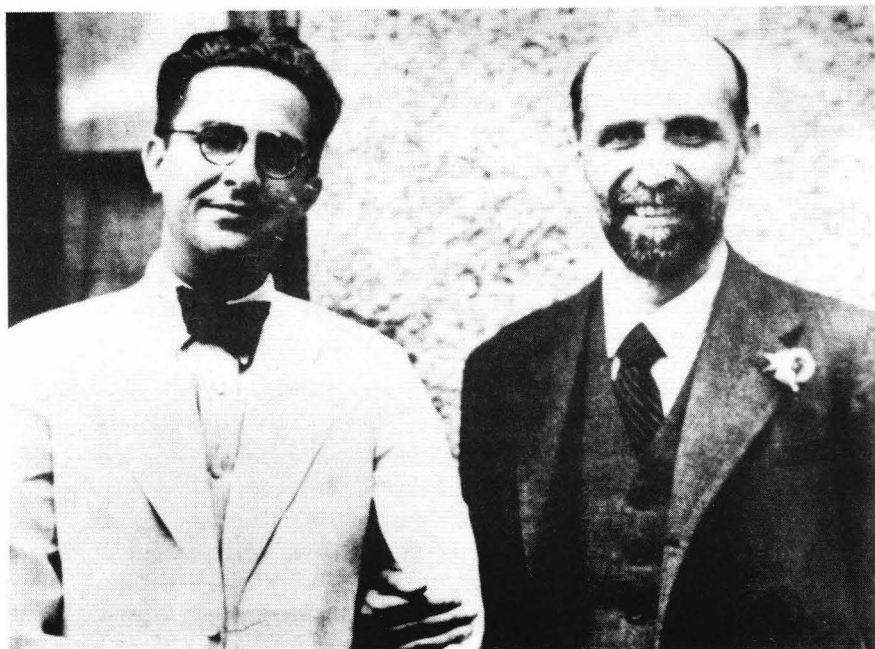
¹⁶ Martí, *op. cit.*, p. 109. Los ensayos y la poesía del escritor cubano Cintio Vitier proporcionan buenos ejemplos de las reescrituras del discurso nacionalista inspiradas por Martí en el siglo 20. Ver, por ejemplo, sus *Temas martianos* (con Fina Garía Marruz). La Habana, Biblioteca Nacional José Martí, 1969. He trabajado esta tradición en *Cintio Vitier: la memoria integradora*. San Juan, Editorial Sin Nombre, 1987.

¹⁷ No intentaré desarrollar aquí una biografía intelectual de Guerra ni de Pedreira. Sin embargo, es importante destacar que ambos están situados en universidades y recibieron formación en instituciones académicas. Pedreira estudió en la Universidad de Puerto Rico a comienzos de los veinte. Más tarde, realizó estudios graduados en Columbia University en Nueva York (1925-1927), en el Departamento de Estudios Hispánicos. Al regresar a Puerto Rico, fue nombrado director del Departamento de Estudios Hispánicos de reciente creación. Fue uno de los fundadores de la revista *Índice* (1929-31) y en 1931 viajó a España para terminar sus estudios doctorales. El clima intelectual de la República Española tuvo gran influencia sobre Pedreira. Para mayor información, ver Cándida Maldonado de Ortiz, *Antonio S. Pedreira: vida y obra*. Barcelona, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1974. Sobre Guerra hablo más adelante.

modificaba los valores sociales existentes y, al mismo tiempo, generaba una profunda distorsión. La pobreza, el analfabetismo y el desempleo crónico durante el "tiempo muerto" se concentraron en forma desproporcionada en el sector rural. Estas condiciones definieron el contexto en que tomó forma una cultura nacionalista y socialista militante. Era una época de debate y examen, de nueva conciencia política que llegaba a una etapa cualitativamente nueva de auto-afirmación.¹⁸ En el caso de Cuba, al cabo de una larga guerra de independencia nacional, la isla ingresaba en un poderoso universo imperial norteamericano que toleraba mal el nacionalismo.¹⁹ Durante esa contradictoria modernización, la *ciudad letrada* de ambos países siguió en búsqueda de nuevos espacios de legitimación y, sobre todo, reescribiendo afanosamente la historia y "nacionalizando" las letras. Esto resulta particularmente notable en los textos "clásicos" y en las voces características de Fernando Ortiz, Vicente Géigel Polanco, Jorge Mañach, Tomás Blanco, Ramiro Guerra y Sánchez y Antonio S. Pedreira. Sus trabajos van más allá de los límites de la historia, la sociología o

¹⁸ Algunas publicaciones recientes sobre el período y debates en Puerto Rico incluyen a Angel Quintero Rivera, *Patricios y plebeyos: burgueses, hacendados, artesanos y obreros*. Río Piedras, Ediciones Huracán, 1988. Este libro contiene importantes ensayos sobre las contradicciones ideológicas y sociales de este momento. Ver asimismo José Luis González, *El país de cuatro pisos*. Río Piedras, Ediciones Huracán, 1980. Véase también los ensayos editados por Gerardo Navas Dávila, *Cambio y desarrollo en Puerto Rico: la transformación ideológica del Partido Popular Democrático*. Río Piedras, Ediciones Huracán, 1979, con ensayos de Angel Quintero Rivera, José Luis González, Ricardo Campos y Juan Flores.

¹⁹ Una de las mejores contribuciones recientes a la comprensión de este período es la de Louis A. Pérez, Jr., *Cuba Under the Platt Amendment, 1902-1934*. Pittsburgh, Pittsburgh University Press, 1986. En *Historiography in the Revolution: Bibliography of Cuban Scholarship, 1959-1979*. Nueva York, Garland Publishing, 1982, Pérez escribe: "Muy pronto, la historiografía republicana fue puesta al servicio de un ideal nacional... esta misión, a su vez, confirió a la historiografía cubana un propósito de redención característico", p. xii (La traducción es mía).



Antonio S. Pedreira y Juan Ramón Jiménez, 1936 (Colección de fotografías de la Sala Juan Ramón Jiménez, Biblioteca General José M. Lázaro, Recinto de Río Piedras, Universidad de Puerto Rico).

la crítica literaria, y proporcionan sugerencias imaginativas sobre la cultura, la raza y la sociedad. Sus prácticas podrían ser comentadas en el contexto de la difícil autonomización de la actividad intelectual, y de los cambios de función de los intelectuales. Guerra y Pedreira se destacaron como figuras eminentes y sus ensayos fueron editados y reeditados varias veces, convirtiéndose en libros de texto canónicos.

Los textos fundadores de los puertorriqueños Antonio S. Pedreira, *Insularismo* (1934), y Tomás Blanco, *Prontuario histórico de Puerto Rico* (1935) y *El prejuicio racial en Puerto Rico* (1937), pertenecen indudablemente al mismo clima espiritual y a la tradición iniciada por José Enrique Rodó en su libro *Ariel*. Una tradición continuada, con modificaciones importantes, por escritores como Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes.²⁰ En el *Ariel* de Rodó, no sólo se exalta la figura del "maestro"; también se elabora la imagen del intelectual como descubridor y conquistador "viril": "El descubrimiento

²⁰ Las limitaciones de espacio me impiden destacar aquí la importancia de Rodó, Mañach, Pedro Henríquez Ureña o los escritores españoles de la "Generación del 98" en Pedreira. Ver un ensayo sumamente útil de Roberto González Echeverría, "The Case of the Speaking Statue: *Ariel* and the Magisterial Rhetoric of the Latin American Essay", en *The Voice of the Masters: Writing and Authority in Modern Latin American Literature*. Austin, The University of Texas Press, 1985, pp. 8-32. También el excelente libro de Martin Stabb, *In Quest of Identity: Patterns in the Spanish American Essay of Ideas, 1890-1960*. Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1967. Para las polémicas sobre *hispanismo* y la reafirmación del prestigio de la cultura hispana después de 1898, ver Fredrick B. Pike, *Hispanismo, 1898-1936: Spanish Conservative and Liberals and their Relations with Spanish America*. Notre Dame, University of Notre Dame Press, 1971; y Carlos Rama, *Historia de las relaciones culturales entre España y la América Latina*. México, Fondo de Cultura Económica, 1982. Un reciente e importante trabajo sobre la relación política y cultural entre España y Latinoamérica después de la independencia, de Tulio Halperín Donghi: "España e Hispanoamérica: miradas a través del Atlántico", en *El espejo de la historia: problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires, Sudamericana, 1987, pp. 67-110.

que revela las tierras ignoradas", escribe Rodó, "necesita completarse por el esfuerzo viril que las sojuzga".²¹ Retengamos esa imagen en la lectura que sigue.

Pedreira y Blanco han contribuido a la formación del discurso de "lo puertorriqueño" y de la "esencia puertorriqueña".²² Allí se encuentra un conjunto de convenciones interpretativas, una reformulación del discurso histórico y una perspectiva de los "orígenes". Con la publicación de esos ensayos se colocaron en el corazón de la actualidad política. Se prefigura en ellos los orígenes del populismo puertorriqueño y lo que Carlos J. Alonso llama el discurso de "lo autóctono". En varios sentidos, podrían compararse con numerosos intelectuales cubanos que en este mismo período producían textos tan beligerantes como *Azúcar y población en las Antillas* (1927) de Ramiro Guerra y Sánchez, *Indagación del choteo* (1928) de Jorge Mañach o *Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar* (1940) de Fernando Ortiz. Como Pedreira y Blanco, Mañach y Fernando Ortiz fueron escritores que se destacaron por sus interpretaciones de la historia social y cultural, en particular, como intérpretes del acontecimiento culminante de 1898 y de las drásticas transformaciones históricas que tuvieron lugar en las islas después de la intervención de Estados Unidos. Sus preocupaciones

²¹ Ver José Enrique Rodó, *Ariel*. México, Ediciones Porrúa, 1968, p. 3.

²² El debate central en estos ensayos intensamente politizados, así como la definición de la alta cultura liberal, ha sido planteado por Juan Flores en *Insularismo e ideología burguesa*. Río Piedras, Ediciones Huracán, 1979; y en María Elena Rodríguez Castro, "Tradición y modernidad: el intelectual puertorriqueño ante la década del treinta", *Op. Cit. Boletín del Centro de Investigaciones Históricas de la Universidad de Puerto Rico*, núm. 3, 1987-1988, pp. 45-65. He tratado algunos de los temas formulados en estos textos en artículos anteriores: "Recordando el futuro imaginario: la escritura histórica de la década del treinta", *Sin Nombre*, vol. XIV, núm. 3, abril-junio 1984, pp. 16-35; y "Tomás Blanco: la reinención de la tradición", *Op. Cit., Boletín del Centro de Investigaciones Históricas*, núm. 4, 1988-1989, pp. 147-182. También en "Tomás Blanco: racismo, historia, esclavitud", una introducción a una edición de su libro *El prejuicio racial en Puerto Rico*. Río Piedras, Ediciones Huracán, 1985, pp. 15-91.

fundamentales se concentran en la definición de la “cultura”, la construcción de una tradición literaria, los problemas de la pobreza y la injusticia social, el debate sobre las categorías raciales y nacionales, y la destrucción ocasionada en las islas por el colonialismo y los proyectos de las corporaciones azucareras.²³

v

El sistema de ideas y representaciones que conciernen a un discurso nacionalista *positivo* (en el sentido en que emplea el término Chatterjee) atraviesa la producción intelectual cubana de esos años. El historiador Ramiro Guerra y Sánchez se inscribe en el centro del espacio ocupado por la *ciudad letrada* cubana; desde el punto de vista historiográfico va a renovar las verdades patriarcales. El núcleo de su discurso de identidad es la definición de los “orígenes” cubanos. Esos orígenes para él serán, fundamentalmente, la exaltación de los *patricios*-terratenientes rurales- como punto fijo, *beginnings*, que pueda hacer las veces de centro de la cultura nacional, una historia que se funde con la tierra.

Como Pedreira, Guerra y Sánchez escribe *contra* el monopolio de las corporaciones azucareras y los altibajos económicos y políticos que su dominación produjo. El historiador Moreno Fraginals, al comentar la enorme trascendencia de *Azúcar y población en las Antillas* (1927), se refiere a la importancia que tuvo su publicación inicial -en forma de artículos- en el *Diario de la Marina*, y al momento crítico en que se publicó en forma de libro, cuando la expansión azucarera norteamericana en Cuba había llegado a su punto culminante: “Guerra se enfrentó a los problemas del momento

²³ No tengo espacio aquí para detallar estos puntos ni para discutir la bibliografía. Entre las mejores reinterpretaciones de las tradiciones políticas e intelectuales cubanas y caribeñas, ver Antonio Benítez Rojo, *La isla que se repite: el Caribe y la perspectiva posmoderna*. Hanover Ediciones del Norte, 1990; y Gustavo Pérez Firmat, *The Cuban Condition: Translation and Identity in Modern Cuban Literature*. Cambridge, Inglaterra, Cambridge University Press, 1989.

como un hombre de acción [...] el libro nació al calor de la polémica diaria, de la confrontación de la realidad del presente, con los grandes problemas del pasado". Moreno Fragnals concede un lugar central a Guerra en el debate político de la época, debate que giraba en torno a la dependencia tan avasalladora del azúcar: "[...] los diez puntos del libro resumen, como no se había hecho antes, ni se hizo después en Cuba, los aspectos básicos del neocolonialismo por entonces imperante".²⁴

Pienso que un momento inicial del debate al que alude Moreno Fragnals se condensa en los artículos de Guerra publicados en 1924 con el título *Un cuarto de siglo de evolución cubana*. Los trabajos reunidos en ese olvidado panfleto se habían dado a conocer también en el *Diario de la Marina*. En ellos, Guerra hace un balance de "los progresos realizados por Cuba", en polémica contra quienes trataban de demostrar "la

²⁴ Cito de la "Presentación" de Manuel Moreno Fragnals a la edición *Azúcar y población en las Antillas*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1976. Esta edición es útil puesto que reproduce la tercera edición de 1944, y viene precedida por los prólogos de las anteriores; además, contiene apéndices. En su presentación de 1976, interesante para el debate historiográfico cubano y para precisar la autoridad intelectual de Guerra, Moreno Fragnals añade: "[...] Guerra es por entonces un maestro, en la más severa acepción de esta palabra. Ha publicado ya los dos primeros tomos de su monumental *Historia de Cuba* -que quedará inconclusa- y editado también las *Nociones de historia de Cuba* donde logra una síntesis apretada del acontecer político, poniendo gran énfasis en los aspectos económicos. Han llegado a sus manos un grupo de obras sobre las Antillas Inglesas -las *Sugar Islands*- y la historia de las plantaciones del Caribe le ilumina el panorama de su propia isla. En este hecho aparentemente elemental, pero altamente significativo, de analizar el fenómeno azucarero cubano como un elemento integrante de la política de plantaciones del Caribe, tendrá un solo seguidor: nuestro máximo investigador histórico actual, José Luciano Franco. El propio Ramiro Guerra, nos confiesa en artículos publicados en la década de 1950, cómo las obras de Harlow (1925), Higham (1926), Williamson (1926) y Mathieson (1926) le aclararon aspectos fundamentales de la evolución de los latifundios en las plantaciones".

existencia de una pretendida decadencia cubana"; seguramente se refería a los escritos de Fernando Ortiz.²⁵ Estos ensayos, anteriores a *Azúcar y población*, resultan decisivos para esclarecer el discurso histórico, el marco narrativo y el proyecto de Guerra, quien ya para esos años era una figura central, conocido como Maestro, profesor de la Escuela Normal de La Habana y por su labor como superintendente de escuelas. Lo que llama la atención es su énfasis en el trabajo y en la disciplina como fundamento para el progreso, así como su insistencia en la necesidad de reestructurar la esfera pública. Es importante, además, su redefinición de la nacionalidad, a veinticinco años de la nueva hegemonía norteamericana: "Cuba ha trabajado y en un cuarto de siglo ha sido transformada por el trabajo".²⁶ Más adelante, expresa su desdén (como lo hará Pedreira) por los "políticos": "La sociedad cubana se ha

²⁵ Cito de la edición original, *Un cuarto de siglo de evolución cubana*. La Habana, Librería Cervantes, 1924, pp. 10-11. Por otra parte, haciéndose eco de las ideas de Spengler en su famoso ensayo sobre la "decadencia" cubana, Fernando Ortiz escribió: "La cultura cubana está en grave riesgo de irse debilitando hasta poner en peligro la capacidad para el gobierno propio. En estos tiempos en que las energías expansivas de la civilización aumentan su acción progresiva, merced a la rapidez de las comunicaciones, a la internacionalización de la economía, a la difusión creciente de la prensa y de las ideas y al mayor dominio de las fuerzas de la naturaleza por la ciencia, cuando la humanidad se está desgarrando para engendro de nuevas civilizaciones, es peligro inminente permanecer en estado de semicultura, con una población sin técnicos, sin aristocracias mentales, indefensa ante las exigencias de la cultura universal, desdeñosa de sus ideas, incapaz de comprender las orientaciones contemporáneas y de incorporarse a las corrientes del progreso con valimiento propio. Hoy, como nunca acaso, son los pueblos más cultos, los más fuertes, y sólo en la verdadera cultura puede hallarse la fortaleza necesaria para vivir la vida propia sin servidumbres" (p. 73). El ensayo apareció originalmente publicado en la *Revista Bimestre Cubana*, vol. XIX, 1924, pp. 17-44. Cito de *Orbita de Fernando Ortiz*, selección y prólogo de Julio Le Riverend. La Habana, Unión de Escritores y Artistas de Cuba, 1973, p. 73. No tengo espacio para comentar más este importante texto.

²⁶ *Un cuarto de siglo de evolución cubana*, p. 18.

desarrollado casi al margen de la política desde 1899 hasta el día [...] Ha podido hacerlo, porque toda su actividad ha estado encauzada en una dirección fija: fundar la casa, labrar su campo”.²⁷ La reflexión crítica de Guerra sobre los “políticos” es dura: en definitiva, los considera “parásitos ineptos que a veces no han hecho más que perturbar con sus disputas la acción de las grandes fuerzas de construcción y restauración puestas a la obra”.²⁸ En esos ensayos, Guerra celebra los logros de la agricultura, la industria y el comercio; pero lamenta “la escasa devoción a la causa pública”.²⁹ Para él, “Cuba es una nación grande y fuerte, una gran empresa social, una patria con inmensos intereses morales y materiales que guardar y proteger”.³⁰ Por ello, exhorta a la participación de sus intelectuales en la vida pública, preparando así el camino para una nueva concepción de la organización del poder: “[Cuba] necesita directores hábiles, de alta capacidad e inteligencia”.³¹

El aumento de la riqueza agrícola e industrial que Guerra va documentando, va acompañado de un aumento de la población debido a “la fuerte inmigración española que ha reforzado el núcleo básico de la nación”.³² A pesar de todo ello, Guerra advierte sobre los “problemas” que la clase dirigente y los intelectuales cubanos tienen por delante. Estos problemas son principalmente: las enfermedades, el analfabetismo, el escaso desarrollo de la Universidad, la pérdida del poder del colono - “el elemento productor genuinamente cubano”- y la necesidad de que las corporaciones azucareras contribuyan a mejorar las condiciones sociales, sobre todo, las comunicaciones del país y la cultura de la población rural. Sin embargo, la importación de braceros haitianos y jamaíquinos se presenta ya (como lo hará en *Azúcar y población*) como una alteración extraña y amenazadora. Guerra sitúa el “problema” racial en un campo discursivo que pretende ser científico y social:

²⁷ *Ibid.*, p. 22.

²⁸ *Ibid.*, p. 22.

²⁹ *Ibid.*, p. 24.

³⁰ *Ibid.*, p. 25.

³¹ *Ibid.*, p. 25.

³² *Ibid.*, p. 28.

Aparte de estas cuestiones generales, el brusco desarrollo de la industria en Camagüey y Oriente, provincias de muy escasa densidad de población, ha creado o más bien, ha hecho muy agudo, un problema de brazos que se viene resolviendo cada año con la importación de jornaleros haitianos y jamaíquinos, sujeta a graves, numerosos y bien conocidos inconvenientes. Aumentar con la mayor rapidez la población de esas provincias con elementos deseables en todos sentidos, arraigándolos en la tierra, es un problema no sólo de interés para la industria sino de gran importancia para la Nación. Es un empeño que reclama la atención de nuestros hombres de gobierno.³³

Guerra concluye su balance en *Un cuarto de siglo de evolución cubana* con una nota esperanzadora: "La formación del espíritu nacional no es un problema; dicho espíritu existe". Frente a la hegemonía norteamericana, su posición es de negociación, precisamente porque el nacionalismo declara lo espiritual como su territorio. El estado colonial puede quedar fuera de lo espiritual: "Hay que desterrar la idea deprimente de nuestra atadura a Norteamérica [...] Hay que desterrar igualmente, la animosidad y el servilismo respecto de los Estados Unidos. Ni adversarios ni pupilos". Para esta tarea política, será determinante la concepción histórica sobre la que se asienta su discurso nacional, y que veremos reiterada en *Azúcar y población en las Antillas*. Padres, hijos, sucesores y herencia: el pasado fundacional no es nunca pasado, es la base de su fuerza. Guerra afirma: "De lo pasado nos llegan voces de aliento. Nuestros progenitores, en tiempos más duros, lucharon, trabajaron y nunca se resignaron a entregar empedregada a sus sucesores la herencia que habían recibido".³⁴ Lo que emerge con energía de estos importantes

³³ *Ibid.*, p. 112.

³⁴ Las citas en este párrafo tomadas de la p. 119. No tengo espacio aquí para seguir de cerca los cambios en la vasta obra historiográfica de Ramiro Guerra y Sánchez. En lo que se refiere al imperialismo norteamericano, habría que leer su importante obra *La expansión*

ensayos es el esbozo de una historia nacional en el marco de las transformaciones ocurridas en la nueva situación colonial. La "historia patria", defendida en otro libro de Guerra, tiene que servir para "vincular lo presente con lo pasado y con lo porvenir", y para la "edificación patriótica".³⁵ Los textos, y la

territorial de los Estados Unidos: a expensas de España y los países hispanoamericanos. La Habana, Cultural S.A., 1935. Es un apasionado y documentado alegato. Hay reimpresión, La Habana, Editorial Nacional, 1964. Resulta interesante que en el párrafo inicial de ese libro Guerra habla de las contradicciones "trágicas" de Cuba, debidas principalmente a la esclavitud. Su concepción histórica, habría que verla con más detenimiento, es muy próxima a la del intelectual del siglo 19 José Antonio Saco. Guerra escribe: "Cuba es el país de las contradicciones trágicas. A fines del siglo XVIII, uno de sus hijos más ilustres, Francisco de Arango y Parreño, no pudo promover el rápido desarrollo de su patria sino obteniendo de España, con ocasión de quedar destruida la rica colonia francesa de Haití por los negros sublevados, junto con algunas franquicias arancelarias de menor importancia, la concesión del comercio libre de esclavos africanos. La Perla de las Antillas se cubrió en pocos años de ingenios de azúcar y de cafetales, aumentó su población y acrecentó su riqueza grandemente, pero sólo a cambio de convertirse en una "colonia de plantaciones" con minoría de habitantes blancos [...]. El enorme crecimiento de la esclavitud lo inficionó todo. Los problemas sociales y políticos se complicaron gravemente. Las costumbres públicas se relajaron. El trabajo se envileció, tanto en las artes manuales y las industrias como en la agricultura, al extremo de considerarse deshonoroso para el hombre blanco", pp. 7-8.

³⁵ *La defensa nacional y la escuela.* La Habana, Imprenta y Librería La Moderna Poesía, 1923, p. 27. En este libro, de enorme interés para el estudio del discurso nacional y los proyectos de historiografía nacionalista, habría que estudiar las definiciones de la "patria" que ofrece Guerra y su debate con los que se dedican a la obra de "demolición" pesimista. Ahí también se advierte el interés de Guerra en la esfera pública. Cuando describe el estado de la sociedad cubana en el siglo 19, afirma: "El problema capital que debía afrontar nuestra patria era el de aumentar la cultura pública" (p. 46). Para los problemas que tratan la relación entre historia y literatura, así como la historiografía romántica francesa, ver de Lionel Gossman, *Between*

práctica pedagógica de Guerra, tendrán como destinatario ideal a “las clases más elevadas del país, a quienes corresponde la suprema formación y dirección de la conciencia pública”.³⁶

Volvamos ahora a los diez puntos de que habla Moreno Fragnals en su comentario sobre *Azúcar y población*. Los más importantes son reiterados continuamente por el propio Guerra: “No más concentración de la tierra en unas pocas manos. No más importación de braceros. Tierra propia para el cultivador”. *Azúcar y población* lanza un manifiesto contra el *latifundium*, un sistema de explotación en el que las mejores tierras pertenecían en gran medida a extranjeros. Para Guerra, no existe parte de la vida social capaz de escapar de su influjo: “El proceso latifundiaro es un proceso de revisión de la obra histórica secular de la creación de la sociedad y del Estado cubanos. Mina, socava, destruye en lo esencial y básico de la misma, la nacionalidad”.³⁷ Según Guerra, el latifundio era un elemento exterior que deformaba la vida cubana y, peor aún, socavaba la nacionalidad con la introducción en Cuba de los “braceros”, trabajadores por contrato.

History and Literature. Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1990. De Hayden White, *Metahistory: The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*. Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1973. Esta obra está considerada como un clásico para el estudio de la poética de la historia. Un análisis provechoso del debate en Suzanne Gearhart, *The Open Boundary of History and Fiction*. Princeton, Princeton University Press, 1986. Ver, asimismo, Michel de Certeau, *Heterologies: Discourse on the Other*. Minneapolis, University of Minnesota Press, 1986.

³⁶ *La defensa nacional y la escuela*, p. 4.

³⁷ *Azúcar y población*, p. 76. La primera edición se publica en Cuba, La Habana, Cultural S.A., 1927. Cito siempre de esta primera edición. Guerra añade: “De igual manera que en un campo se derriban las cercas, se borran los linderos y se arrancan las plantas y yerbas de raíz dejando el terreno limpio y expedito para nuevas labores y distintos cultivos, el latifundio acaba con todo lo que en cuatro siglos se fundó en Cuba, reduciéndonos a un inmenso campo de producción de azúcar a bajo precio”.

En el texto de Guerra hay dos enemigos, ajenos y extraños. Subrayando el doble peligro representado por el latifundio y por los problemas derivados de la imposible integración de los nuevos inmigrantes, él escribe: "Estamos en una encrucijada del destino. Hay que escoger. En Cuba, dentro de un cuarto de siglo más, vivirá el *latifundio* o vivirá la República. El pueblo cubano tendrá tierra e independencia, o las habrá perdido juntamente".³⁸ La modernidad azucarera amenaza destruir los cimientos hispano-criollos de la nación. Guerra lo articula de manera alegórica. A través de una lectura de la figura mitológica de Anteo, Guerra le confiere una dimensión especial a la propuesta y anuncia la posibilidad del fin de la historia cubana. Anteo y la tierra encarnarían la unidad totalizante: "Cada vez que Anteo tocaba con su cuerpo en su madre divina, la tierra le devolvía las fuerzas y le reanimaba. En la lucha contra el latifundio, el pueblo cubano representa a Anteo. Firmes en la posesión de la tierra patria, seremos invencibles; si el latifundio acaba su obra de separarnos de ella estaremos irremisiblemente perdidos".³⁹

En las interpretaciones históricas de Guerra se le imprime continuamente a la tierra un carácter sacramental, y hay una constante celebración de los hacendados criollos, protagonistas privilegiados de la narrativa que él construye. Guerra puede esbozar, en forma simultánea, las líneas de una historia intelectual y una historia de la tierra. Los criollos trajeron las letras y la modernidad, las reformas y -es parte clave de su discurso- la inmigración blanca. Los "otros", descendientes de los africanos, no podían integrarse en la misma genealogía, y quedan fuera de la historia. Los criollos dieron existencia a un nuevo mundo público; sobre el escenario de la tierra se edificó la civilización. Todo ello es narrado por Guerra como acontecimientos prometeicos:

En efecto, los hacendados cubanos de la primera
mitad del siglo promovieron en grandísima parte no

³⁸ *Ibid.*, p. 143.

³⁹ *Ibid.*

sólo el desarrollo de la riqueza propia, sino el adelanto general del país.

Hacendados fueron, en su mayoría, los que trabajaron con gran tesón en la Sociedad Económica y en la Junta de Fomento; hacendados fueron los que lograron que el Padre Varela y Saco, para responder a las exigencias de la industria azucarera, iniciasen en Cuba la enseñanza de la Física y de la Química; hacendados fueron los que trajeron al químico Casaseca y los que fundaron nuestro primer jardín botánico y nuestra primera escuela de agricultura; fueron hacendados los que además de traer la maquinaria de vapor aplicada a los trapiches, organizaron, como hemos dicho, nuestras primeras empresas ferroviarias de servicio público, y fueron hacendados también, finalmente, los que, además de gestionar y patrocinar todas las reformas de carácter económico, social y político introducidas en Cuba en las dos primeras décadas del siglo, abogaron enérgicamente por la inmigración y colonización blanca, sin que muchos de ellos, los de más enérgico y elevado espíritu, cesasen en su empeño a pesar de las amenazas y las calumnias de los negreros, contrabandistas de esclavos, en provechosas relaciones generalmente con las autoridades superiores de la Colonia.⁴⁰

La inclusión celebratoria de los criollos ilustrados se da junto a la exclusión de lo afro-cubano. El discurso nacional en *Azúcar y población* gira en torno a conceptos tácticos de inferioridad y superioridad, y a clasificaciones características del discurso racista. El ensayo comienza con una observación sobre la "superioridad" de las colonias españolas que muy pronto se convierte en una línea interpretativa: "Todas las Antillas que permanecieron en poder de España hasta el siglo XIX constituyen comunidades en las cuales predomina la población blanca, mientras que las colonizadas por otras naciones europeas se hallan casi exclusivamente habitadas por personas de raza negra, aun tratándose de territorios como Haití y

⁴⁰ *Ibid.*, pp. 53-54.

Jamaica, poblados por blancos en un principio.”⁴¹ Esta afirmación asume inmediatamente un valor especial vinculado con la civilización y el progreso: “Sólo España aparece fundando colonias de un tipo de organización social y económica superior, llamadas a constituirse naciones independientes y progresistas, en todas las tierras bañadas por el Caribe.”⁴² No es menos significativo el hecho de que para Guerra la importación de trabajadores del Caribe anglo-parlante y Haití fuera un proceso perturbador que amenazaba detener el desarrollo de la civilización y la nacionalidad.

La postura negativa sobre los braceros es una de las tesis centrales de *Azúcar y población*: Guerra invoca el riesgo de esta inmigración que, según él, puede tener el efecto de corroer la nacionalidad. El *Otro*, esencialmente, se distingue por su raza y por su condición de bracero. La discriminación abierta está censurada en la nación imaginada por Guerra, pero el lector puede advertir con frecuencia su hostilidad hacia los trabajadores negros. Para evitar los efectos catastróficos de una inmigración que según Guerra altera el mapa étnico y cultural del país, no vacila en proponer que se cierren las puertas a los que no pueden participar de una cultura nacional: “O [Cuba] aspira a continuar siendo una nación culta y progresista, o se resigna al porvenir de una colonia de plantaciones, renegando de su historia, de su presente y de sus ideales. O Barbados o Canadá. Si se decide por el segundo extremo, debe cerrarse la puerta al obrero contratado a bajo precio, punto de apoyo formidable del latifundismo”.⁴³

El discurso nacional trata de romper -como afirma Chatterjee- con el esencialismo de la visión imperial, pero muchas veces termina reproduciendo sus paradigmas y estereotipos, así como sus formas de exclusión. En la narración de Guerra hay un intento permanente de situar el proceso de formación nacional en el marco del nuevo saber de la “historia económica”; pero el texto gira continuamente hacia los “peligros” de la inmigración negra. La xenofobia entra en

⁴¹ *Ibid.*, p. 7.

⁴² *Azúcar y población*, p. 8.

⁴³ *Ibid.*, p. 139.

contradicción con el “saber” científico y con la escueta realidad fáctica de las estadísticas proclamadas desde el título del libro. La raza es central, y el argumento último de Guerra -y su voz paternal- más bien dice lo contrario de lo que él quiere que diga. Para él, los terratenientes criollos blancos son la vértebra que articula el mundo cubano; haitianos y jamaíquinos aparecen plagados de estereotipos negativos. La nacionalidad cubana tendrá que defenderse de su “contrario”, de los africanos y sus descendientes, si quiere evitar un “retroceso” en las formas de su cultura. Guerra traza dos historias paralelas: la de Cuba y la de su contraejemplo, el “caso de Barbados”, para demostrar que Cuba sí tiene la cualidad necesaria para mantener una estirpe y para formar una comunidad. Una vez sentada la *diferencia*, se distingue claramente entre una cultura nacional “auténtica” y una “falsa”. Guerra quiere marcar la infranqueable distancia que hay entre Cuba y Barbados -el “contraste entre dos destinos”- uno que llevaba a la nacionalidad, y el otro a la colonia de plantaciones. Sobre esta inversión valorativa se levantará su historia.

Apenas iniciada la lectura, se advierte cómo se va acentuando la necesidad de alejar al “otro” de la definición de la nacionalidad. Para hacerlo, Guerra se apoya continuamente en la “historia económica” y en el “espejo de Barbados”. Podría postularse que los modelos historiográficos británicos le sirven fundamentalmente para atenuar la agresividad de su discurso racista, tradición de exclusión muy arraigada entre los letrados cubanos del siglo 19.⁴⁴ Por ejemplo, cuando cita al historiador inglés Harlow y su explicación de la desaparición del trabajador blanco, afirma enfáticamente el carácter exclusivamente “social y económico” de su historia. Pero para el lector es perfectamente discernible la necesidad de trasladar el análisis precisamente a lo negado, es decir, a la raza. En realidad, recuerda las posturas y las definiciones de José Antonio Saco un siglo antes:

⁴⁴ Aquí tengo que referirme de nuevo al libro de Raúl Cepero Bonilla, *Azúcar y abolición*, citado antes. Sobre todo, a su estudio de intelectuales importantes para Guerra, como lo fue José Antonio Saco.

Al principio, hubo necesidad de emplearlo [al trabajador blanco] todavía en los trabajos que exigían cierta habilidad manual o alguna eficiencia técnica, pero tan pronto cuando los esclavos se adiestraron en toda clase de oficios, el jornalero blanco tuvo que tomar el camino de la emigración. No se estaba frente a un problema de razas, sustituyendo una más fuerte y más adaptada a las condiciones del clima, a otra que carecía de esas ventajas, sino del empleo de un trabajador más barato en lugar de otro que devengaba mayor salario [...]. El problema no era racial, sino social y económico.⁴⁵

Uno de los lectores contemporáneos de Guerra lo fue el español Luis Araquistáin, cuyo libro, *La agonía antillana: el imperialismo yanqui en el Mar Caribe* (1928), fue muy leído y citado en Cuba y en Puerto Rico. Es un texto muy revelador que permite empezar a estudiar la recepción y la repercusión del libro de Guerra. Araquistáin narra su viaje por el Caribe, y en la sección dedicada a Cuba prácticamente resume el libro de Guerra, publicado un año antes; es más, le dedica capítulos a la "africanización de Cuba", el "peligro negro", y al "espejo de Barbados". En su lectura de Guerra, el menosprecio racial es el

⁴⁵ *Ibid.*, p. 22. Guerra sigue de cerca la interpretación del historiador británico Harlow, y parafrasea su *A History of Barbados: 1625-1685*. Harlow concluye: "[...] A populous British colony had become a settlement of African negroes, ruled by a small band of European overseers, nervous for their safety. Geographical conditions working through economic circumstance had prevented the permanent establishment of a white community. Here then, as in Australia and South Africa, a problem has emerged which is exercising the minds of all statesmen and students concerned with imperial development. Upon its solution the future of the Empire to a large degree depends.

In tropical regions where the white man cannot himself perform manual work, the introduction of coloured labor is inevitable." Vincent T. Harlow, *A History of Barbados: 1625-1685*. Nueva York, Negro Universities Press, 1969, pp. 327-328. Originalmente fue publicada en 1926 por Clarendon Press, Inglaterra. La visión imperial de Harlow, no comentada por Guerra, es evidente. Queda por estudiar con más detenimiento la paradójica elaboración de la historiografía nacionalista sobre modelos imperiales.

centro: "la isla se está despoblando de emigración española, que es la única europea. Si dios y los yanquis -verdaderos dioses también- no lo remedian, aquella tierra será pronto tierra negra y amarilla, tierra de haitianos, jamaquinos y chinos, los únicos que podrán habitarla [...] Esta es la gran tragedia racial de Cuba: su creciente africanización".⁴⁶

La búsqueda de un *comienzo* se vuelve más urgente para Guerra, precisamente porque considera que el carácter de la nación cubana pelagra. La unicidad e integridad de Cuba pueden remontarse a sus *beginnings*, anteriores al sistema de plantaciones y al *latifundium*. Sidney Mintz resume la narrativa de Guerra: "Cuba, como colonia española, tenía más carácter de nación que las colonias de las otras potencias

⁴⁶ *La agonía antillana*. Madrid, Espasa Calpe, 1928, pp. 183-184. Este libro, citado por los puertorriqueños Tomás Blanco y Antonio S. Pedreira, merece más atención. Araquistáin, en su entusiasta resumen de Guerra, cuenta de nuevo el caso "ejemplar" de Barbados, y ve con claridad las connotaciones racialmente negativas del relato. Barbados es un contraejemplo necesario: "Se llevan negros de Africa para imponerles condiciones de trabajo que no soporta el primitivo europeo de Barbados. El blanco emigra arrojado por una competencia imposible y ya no podrá volver mientras domine en la isla el latifundio azucarero. Sólo quedan allí 15,000 señores y capataces y casi 200,000 negros, nominalmente libres, virtualmente esclavos. Se detiene el progreso político y social de la isla, que es sólo una factoría, un feudo colonial del capitalismo británico. El fenómeno se repite, con ligeras variantes, en las otras Antillas inglesas, holandesas, francesas. El latifundio despide al europeo y atrae al negro; enriquece a sus propietarios y depaupera a la inmensa mayoría de la población. Sólo las Antillas que fueron de España, y mientras lo fueron, se salvan de este proceso de decadencia histórica. Son las únicas donde se crea una conciencia de nacionalidad, gracias a las formas peculiares de la colonización española. Pero al cobrar su independencia o pasar a otros dominadores, se implanta en ellas el latifundismo, y un proceso análogo -hoy más incontrastable que nunca- empieza a estrangularlas. Esta es la tragedia que nos revela, con terrible patetismo, el libro de Ramiro Guerra, lleno de nobles y prudentes alarmas para su patria cubana", pp. 200-201.

europas", gracias al desarrollo tardío de la plantación esclava.⁴⁷ Estos *beginnings*, siempre prestos a saltar a la memoria, facilitan la lucha de los cubanos contra el carácter subversivo del *latifundium*. Para Guerra, la nacionalidad se mezcla con la propiedad; se trata de un nacionalismo fundado en un territorio específico y en su singular herencia hispánica. La cultura nacional, al menos como la entiende Guerra, puede degenerar, pero en el caso cubano el sentido de comunidad está firmemente arraigado en la transformación de la tierra, llevada a cabo por los propietarios. Vale la pena citar íntegramente el siguiente pasaje de *Azúcar y población*:

[...] los primeros pobladores europeos de Cuba y sus descendientes fueron apropiándose, dividiéndose y cultivando el suelo de la Isla, llegando a crear una comunidad numerosa, firmemente arraigada en la tierra de donde obtenía el sustento, cuyos miembros se hallaban mejor adaptados que cualesquiera otros hombres de procedencia extranjera a las condiciones del ambiente natural y social. Esta comunidad cubana, formada en su inmensa mayoría por cultivadores y propietarios rurales, con la conciencia de su ser, de su existencia y de su personalidad, aspiró a la libertad política y luchó por alcanzarla, bajo el poder de España o fuera de éste, hasta en constituirse en Estado independiente. Cuba existió como nación desde que el nativo, en mayoría abrumadora sobre el español peninsular, parceló el territorio de la Isla, lo poseyó como dueño, y lo labró y cultivó, teniendo, colectivamente, vida económica propia y distinta de la de España. Su autonomía económica fue el antecedente obligado de su autonomía espiritual y de su existencia política independiente. El latifundismo es un proceso a la inversa: funde miles de parcelas en grandes unidades agrarias, desarraiga al cultivador del suelo, destruye la clase cubana de propietarios rurales y agricultores

⁴⁷ *Sugar and Society in the Caribbean: An Economic History of Cuban Agriculture*. New Haven, Yale University Press, 1964. Cito de la introducción de Sidney Mintz, p. xxiv, a la traducción al inglés de *Azúcar y población* por Marjory M. Urquidi (La traducción es mía).

independientes, columna vertebral de la nación, y, finalmente, acaba con la autonomía económica nacional, para convertir la comunidad en una mera dependencia, en un simple satélite, en un taller de trabajo, al servicio de una metrópoli económica exterior.⁴⁸

La historia anterior al *latifundio* es obra de ilustres *patricios*, cuya genealogía Guerra se encarga de trazar. Operaban en el dominio de la alta cultura, constituían un círculo ilustrado y heroico que defendía la autonomía y el progreso. Se exalta, además, la devoción a la familia, a la que se le otorgan matices nacionales. La historia para Guerra es la lucha por la posesión de la tierra y por los valores de la civilización. La continuidad de la familia se convirtió en un símbolo de la continuidad de la nación, en ecuación casi perfecta. Cada actividad, cada práctica de los patricios, apunta a algo, justo o valeroso. Es la vida humana vivida al óptimo:

El agro cubano quedaba fuertemente constituido y Cuba contaba con miles de familias sólidamente organizadas, arraigadas en tierra propia, el cultivo y explotación de la cual dirigían personalmente, gente bien acomodada al medio, anhelosa de progreso, de autonomía política y de desempeñar en su país el papel preponderante a que le daban derecho su ilustración, su arraigo y su valer individual y colectivo.

De esta clase de propietarios rurales surgieron los Aguilera, los Céspedes, los Maceo Osorio, los Figueredo, los Cisneros Betancourt, los Aldama, los Morales Lemus, los Frías, los Mazorra, los Alfonso, los Agramonte, los Echeverría, los Iznaga, toda esa larga serie de patricios ilustres que son los creadores de Cuba en lo económico, lo social y lo político, gente que trabajó, que viajó, que emprendió, que envió sus hijos a estudiar con Luz y Caballero, o en excelentes colegios de Francia y de Inglaterra, y que en la Sociedad Económica, el Consulado de Agricultura, Industria y Comercio, la Junta de Fomento, la Junta de Información, la Revolución de Yara y el Partido Autonomista, realizó estupendos

⁴⁸ *Azúcar y población*, p. 76.

esfuerzos para asegurarle a Cuba las instituciones sociales y de gobierno y las libertades públicas que son el coronamiento de toda obra colectiva de progreso y de civilización.⁴⁹

El narrador se sitúa explícitamente en esta tradición, con la esperanza de ser recordado. La misma apasionada defensa de los orígenes patricios queda corroborada veinte años más tarde en *Mudos testigos*, una "crónica" que Guerra publica en 1948. Es un texto autobiográfico de capital importancia en el que la familia y la continuidad ideológica son emblematizados en los *árboles fundadores*, los "testigos" a los que alude el título, y en los espacios ocupados con anterioridad por los propietarios de las plantaciones de café, cuya historia familiar es también un modelo fundador de la nacionalidad cubana.⁵⁰ Los *árboles* proporcionan una poderosa metáfora conceptual destinada a dar forma a la relación de los miembros de la familia con sus "raíces" en la tierra. Son *árboles familiares* y sirven para establecer un nexo entre el linaje noble y el liderazgo cultural. Se trata de una prerrogativa hereditaria, una verdadera tabla de virtudes.

En la introducción a *Mudos testigos*, Guerra opone la "historia social" a la "historia económica", y hace una defensa de la imaginación, siguiendo de cerca -casi traduciendo- a su modelo británico, el historiador G. M. Trevelyan: "El incentivo de la historia social, como el de toda verdadera labor histórica, es cosa esencialmente de la imaginación [...] La verdad es el criterio del estudio histórico; pero el motivo determinante de éste, es esencialmente poético. Su poesía consiste en ser lo real, lo verdadero".⁵¹ En el libro hay una utopía proyectada hacia el

⁴⁹ *Ibid.*, pp. 47-48.

⁵⁰ Cito de la segunda edición, *Mudos testigos: crónica del ex-cafetal Jesús Nazareno*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1974. Esta edición contiene una introducción de Manuel Moreno Fraguas.

⁵¹ *Ibid.*, pp. 17 y 20. Resulta curioso que Guerra nacionalice la "historia social británica" de Trevelyan; no creo que se haya estudiado como merece esta relación. Lo que sí resulta obvio es que Guerra traduce pasajes enteros de Trevelyan, sobre todo aquellos en que éste defiende su

pasado: una Cuba original y pura, patriarcal, celebrada por el autor como la fuente de su propia autoridad. Desde la posición ventajosa de los *árboles*, el observador puede seguir los pasos de la gente en el suelo, los detalles del paisaje histórico y la clave para entender cómo un grupo puede lograr autoridad o hegemonía.

poética historiográfica. Compárense, por ejemplo, los siguientes fragmentos. Trevelyan escribe: “[...] Our effort is not only to get what few glimpses we can of his intimate personality, but to reconstruct the whole fabric of each passing age, and see how it affected him; to get to know more in some respects than the dweller in the past himself knew about the conditions that enveloped and controlled his life. There is nothing that more divides civilized from semi-savage man than to be conscious of our forefathers as they really were, and bit by bit to reconstruct the mosaic of the long-forgotten past. To weigh the stars, or to make ships sail in the air or below the sea, is not a more astonishing and ennobling performance on the part of the human race in these latter days, than to know the course of events that had been long forgotten, and the true nature of men and women who were here before us”. En *Illustrated English Social History*. London, Longmans, Green and Company, 1942, p. xiii. Guerra traduce: “El esfuerzo del historiador consiste no sólo en captar algunos pocos rasgos de la íntima personalidad de cada antepasado. Debe reconstruir la fábrica completa de cada edad, y apreciar de qué manera y en qué medida la armazón de la misma afectó al antecesor que dentro de ella viviera; debe, en una palabra, llegar a conocer más de lo que ese antecesor conociera él mismo sobre las condiciones que rodearon y gobernaron su vida. Nada distingue más al hombre civilizado del semi-salvaje, opina Trevelyan, que tener conciencia de los antepasados tales como realmente fueron, conjuntamente con el empeño de reconstruir pieza a pieza, fragmento a fragmento, el cuadro completo de una ayer largamente olvidado. La labor de pesar las estrellas o de construir buques que navegan por los aires o en el profundo del mar, dice Trevelyan, no es más extraordinaria ni más ennoblecedora para la raza humana, en estos nuestros tiempos, que la de conocer el curso de los acontecimientos caídos de antiguo en el olvido, y el verdadero carácter y la manera de ser de los hombres y las mujeres que estuvieron aquí, en el sitio donde vivimos, antes que nosotros”. En *Mudos Testigos...*, pp. 19-20.

Con un procedimiento similar al de Pedreira -como veremos- en este texto la nación está concebida desde la óptica del heredero: el papel del historiador es actuar como depósito de la memoria colectiva y de los derechos históricos de la élite. Guerra registra minuciosamente un conjunto de acontecimientos, acuerdos y testamentos que se refieren a la tierra. Este espacio sagrado era el lugar de los antepasados, una tradición que se sustentaba en documentos legales (letrados), y que le merece un respeto total, pues constituye sus *beginnings*: la nación se encuentra enunciada en formas jurídicas concretas. Los testamentos abarcan una buena parte del libro, y funcionan también como una metáfora legitimadora. *El árbol genealógico* es un emblema sagrado de los orígenes y la continuidad. El atractivo de dicho emblema era a la vez simple y apremiante. Bajo su sombra, el narrador -el heredero- no podía ser desplazado:

Al desaparecer los Valdés, los mudos testigos sobrevivientes iban a dar fe de la creación por ellos realizada, a contemplar nuevas distintas cosas y a ser un vínculo espiritual y material entre el pasado muerto y los tiempos por venir, llenos de vida, pero también de dificultades, problemas y luchas. Esos mudos testigos eran la tradición del esfuerzo constructivo, materializada en el árbol benéfico que da sombra, brinda sus frutos y ofrece asilo a las aves y ramas para los nidos. Por lo demás, los cambios que iban a contemplar los mudos testigos se referirían, en último término, a aspectos relativamente secundarios. En el fondo, la misma inmutabilidad en la primordial función creadora de producir y producir, sin trazas de agotamiento, de la buena tierra de "Jesús Nazareno", en la cual hunde sus raíces, junto a los viejos y venerables mudos testigos, un nuevo arbolado lleno de vigor y lozanía, plantado en lo que va de siglo. Las generaciones pasan, la tierra nutridora y el sol, fuente de energía, permanecen.⁵²

⁵² *Mudos testigos...*, pp. 91-92. Medardo Vitier, comentando la obra de Guerra, escribe: "Las imágenes de los padres vuelven, se rehacen,

VI

Como nos recuerda Agnes Heller, las grandes narrativas históricas son modernas en la medida en que formulan una fuerte declaración de nuevos principios.⁵³ En el contexto de los intensos debates políticos generados por las luchas contra los monopolios azucareros norteamericanos, Antonio S. Pedreira, resumiendo las líneas discursivas establecidas en una encuesta de la revista *Indice*, formuló definiciones que expresaban la necesidad de “completar” la nación fragmentada.⁵⁴ Bloqueada y distorsionada, se trataba de una nación “incompleta” a consecuencia de los cambios producidos por la hegemonía norteamericana desde la invasión de 1898. Pedreira, cuando se dirige a sus lectores ideales, que en *Insularismo* se identifican como la *juventud letrada*, insiste en el derramamiento del sentido y en la urgencia política de fijarlo: “Téngase en cuenta que si es difícil definir a un sólo hombre, por las múltiples facetas que entran en su personalidad, es mucho más difícil definir a un pueblo. La dificultad sube de punto cuando se intenta, como en este caso, definir un conjunto de seres que todavía no ha podido delinear a gusto su vida colectiva”.⁵⁵ Como lo atestiguan numerosos comentarios, los lectores de *Insularismo* experimentaron un sentido de descubrimiento.

para bendecir al hijo glorioso”. Ver su artículo “Ramiro Guerra evoca”, en *Valoraciones*. La Habana, Universidad Central de las Villas, 1960, vol. I, pp. 435-438.

⁵³ Agnes Heller, *Can Modernity Survive?* Berkeley, University of California Press, 1990, p. 170.

⁵⁴ La encuesta, ampliamente comentada por los críticos, se encuentra en la revista *Indice*, de cuya junta directiva Pedreira era miembro. Las preguntas de la encuesta eran las siguientes: “¿Cree usted que nuestra personalidad como pueblo está completamente definida? ¿Existe una manera de ser inconfundible y genuinamente puertorriqueña? ¿Cuáles son los signos definitorios de nuestro carácter colectivo?” Ver el número del 13 de mayo de 1929, p. 18.

⁵⁵ Cito de la primera edición de *Insularismo: ensayos de interpretación puertorriqueñas*. Madrid, Tipografía Artística, 1934, p. 10. A continuación seguiré utilizando las citas de esta edición.

El ensayo generó lecturas que aceptaban las metáforas y paradigmas que organizaban el texto: el viaje, la insularidad, la infancia. *Insularismo* proponía un camino para salir de la agobiante insularidad, que Pedreira consideraba un estigma. El término “insularismo” proporcionó muchas connotaciones, sobre todo negativas, y la base metafórica de un poderoso imaginario social e histórico: arrastraba toda una cadena compleja de conceptos. Ya Margot Arce de Vázquez se refirió al carácter equívoco del título, que conlleva, a la vez, “elogio y censura”.⁵⁶ Lo insular se presenta como figura simbólica; está asociado a lo aislado, lo cerrado, lo amurallado, y al mismo tiempo, a la conciencia de la otredad. El título mismo era un emblema, y en su ambivalente referencialidad, le permitió a Pedreira abarcar una multiplicidad de sentidos. Generó también una cadena de tropos y un escenario: el intelectual es quien posee la “brújula” para el *viaje*; el país “navega a la deriva” (“navegamos al gareté”), pero es posible llegar a buen “puerto”.⁵⁷

Importa señalar -para explorar las ramificaciones del título- algunos pasajes de la sección titulada “Nos coge el holandés”, dedicada a la geografía y a la historia: “Aislamiento y pequeñez geográfica nos han condenado a vivir en sumisión perpetua, teniendo como única defensa no la agresión, sino la paciencia con que se han caracterizado nuestras muchas e inútiles protestas cívicas”.⁵⁸ Las imágenes que predominan son de confinamiento geográfico, pero es evidente que en otro nivel también le sirven a Pedreira para elaborar un discurso sobre la histórica opresión colonial y sus consecuencias psicológicas y

⁵⁶ Ver su ensayo “Reflexión en torno a *Insularismo*” en *Impresiones: notas puertorriqueñas*. San Juan, Editorial Yaurel, 1950, pp. 110-112.

⁵⁷ Muchas de las metáforas y alegorías que emplea Pedreira en *Insularismo* se encuentran ya en sus editoriales en la revista *Índice*. Ver, por ejemplo, la misma alegoría en el número del 13 de octubre de 1929, en el que Pedreira traza una síntesis de lo que será su misión en el libro: “Navegamos al gareté, sueltas las velas de la inconsciencia a los volubles vientos norteños, sin rumbo fijo, por el proceloso mar de nuestros problemas [...]”, p. 97.

⁵⁸ *Insularismo*, p. 166.

culturales: "Puerto Rico ha vivido ficticiamente una vida histórica, ajena a su naturaleza étnica, teniendo que reaccionar por acción refleja, en virtud de estímulos y acontecimientos que no nacieron en el fondo de nuestra conciencia colectiva".⁵⁹ A lo largo de todo el ensayo, Pedreira orienta al lector hacia la recta interpretación del libro. Al comienzo de la sección "La brújula del tema" escribe: "Al hacer una lectura de conjunto para escribir este prólogo, he notado que muchas ideas yerguen su muñón sin adquirir completo desarrollo. Están como semillas recién sembradas, esperando que el lector las haga reventar".⁶⁰ En la sección final, dedicada "a la juventud", recalca el carácter incitador del texto, y la coyuntura polémica: "Este ensayo no ha de entenderse como un dogma sino como una controversia".⁶¹

Veamos ahora más de cerca el tropo del *viaje*, centro que ordena su proyecto y desde donde se construye el discurso. El *viaje* insular -discursivo y paradigmático- le permite mirar con perspectiva de espacio y de tiempo, abarcar el sentido histórico de la geografía. El sentido resulta cada vez más escondido y aparental. Recordemos que la voz autorizada del letrado no permitirá que el lector se pierda; él orienta con su "brújula". El "insularismo" es una frontera, que puede ser una barrera, y que coloca lo puertorriqueño en una especie de tierra incógnita:

El cinturón de mar que nos cerca y nos oprime va cerrando cada vez más el espectáculo universal y opera en nosotros un angostamiento de la visión estimativa, en proporción al ensanche de nuestro interés municipal. Imantados hacia adentro, atropellados en una densidad de población de 485 habitantes por milla cuadrada, vivimos impasibles, fundidos en nuestra abulia, creyéndonos el centro del mundo, empotrados en este rincón de las Antillas, lejos de todo ritmo hispanoamericano. Regidos por un perpetuo compás de espera, permanecemos en actitud interrogante, sin

⁵⁹ *Ibid.*, p. 167.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 18.

⁶¹ *Ibid.*, p. 216.

encontrar la orientación definitiva sobre la cual plasmar nuestras aspiraciones.⁶²

Es interesante señalar que ya en la revista *Indice*, en 1931, Pedreira se había referido al “aislamiento espiritual que empequeñece nuestras iniciativas”.⁶³ Y en uno de los apartes autobiográficos de *Insularismo*, él mismo se presenta como ejemplo del aislamiento, pues su infancia -sus *beginnings*-transcurrió lejos de la capital, que para él será uno de los pocos vínculos con el mundo: “Yo recuerdo mis años de muchachez, en un pueblo céntrico de la isla, en que venir a San Juan era un verdadero acontecimiento”.⁶⁴ Desde esta perspectiva, conviene notar que Pedreira desarrolla su discurso después de sus viajes a Estados Unidos y a España, como si ya él mismo hubiera podido “romper las murallas”. Pedreira marcará su distancia frente a la “democracia” como valor de la modernidad, pero se adhiere a las categorías de progreso y universalidad, igualmente modernas. Su ensayo constituye la expresión de la necesidad de ser totalmente moderno y acercarse a los centros históricos del mundo, la necesidad de convertir la frontera en puente: “Romper las murallas de este aislamiento, para mirar en torno, es el deber de la juventud puertorriqueña”.⁶⁵ El “heredero” intelectual, como veremos, puede perfeccionar un destino, realizar el legado liberal criollo, pero primero tiene que superar las barreras psicológicas e intelectuales simbolizadas en la figura

⁶² *Ibid.*, pp. 168-169.

⁶³ El editorial se titula “La isla aislada”: “Nuestra condición geográfica de isla parece haber trascendido del aspecto físico moral. Nuestra insularidad gravita fatalmente sobre el sentido que vinculamos a las relaciones sociales. Por nuestra blanda dejadez, por nuestra voluntaria reclusión, por nuestro estrechante empeño fronterizador, vivimos, en lo espiritual, más aislados que, en lo físico, por la imposición ineluctable del proceso geológico. Y es el aislamiento espiritual, que ata nuestro empuje vital, y empequeñece nuestras iniciativas, y anquilosa nuestro pueblo en el marco estrecho del cuadrilátero en que vive [...]”. *Indice*, año III, vol. 2, núm. 28, julio de 1931, pp. 33-34.

⁶⁴ *Insularismo*, pp. 161-162.

⁶⁵ *Ibid.*, p. 170.

de lo insular. ¿Qué continuidad puede entonces establecerse? La única alternativa consiste en ensanchar, en romper el doble cerco espiritual y físico que mantenía excluida a la "condicionante minoría" a quien dirige su texto.⁶⁶ El *viaje* permitirá además, construir otras fronteras sociales y raciales.

Para Pedreira, hacía falta una interpretación a fin de encontrar un significado profundo. Existe una verdad oculta, reprimida, que es posible recuperar, muy similar a aquella que revela el significado encubierto de un texto: "No basta haber observado la elaboración externa de los hechos; hay que ver por dentro el oculto espectáculo del alma colectiva".⁶⁷ Pero el narrador autorizado debe tener una comprensión previa del conjunto y de sus partes. "Voy buscando, intuitivamente", afirma, "la significación oculta de los hechos que marcan la trayectoria recorrida por nuestra vida de pueblo". "Intentamos recoger", escribe subrayando las metáforas de profundidad, "los elementos dispersos que laten en el fondo de nuestra cultura, y sorprender los puntos culminantes de nuestra psicología colectiva".⁶⁸ Como en Guerra, para Pedreira el final del *viaje* puede ser un retorno triunfante, compensado por una afirmación que exige un *recomienzo*: "Aunque hoy navegue a la deriva, nuestra personalidad no ha naufragado como creen algunos pesimistas".⁶⁹

Sin duda, Pedreira, lo mismo que Jorge Mañach en su ensayo *La crisis de la alta cultura en Cuba* (1925), se inspira en Ortega y Gasset y se apropia de las nociones por él expresadas, así como en el debate iniciado por Spengler en su teorización de la "decadencia" y la posible renovación de la cultura. Propone la defensa de una "minoría selecta" y la reconstrucción del país contra el imperio de las corporaciones del azúcar. El énfasis

⁶⁶ Ver la p. 37, allí escribe: "[...] Si esta condicionante minoría ha limpiado en nuestro territorio el camino de la inmortalidad para que pasen otros, ella ha de ser también la barbacoa que dispare nuestros hombres egregios hacia el espacio universal".

⁶⁷ *Ibid.*, p. 196.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 10.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 115. Más adelante dice: "la transformación es responsable de la inestabilidad que hoy nos azora".

programático de su crítica se evidencia con claridad en las páginas introductorias: “La amargura que pueda destilar este ensayo va saturada de esperanzas de renovación”.⁷⁰ En *La decadencia de Occidente*, Spengler anunciaba ambigüamente el peligro del agotamiento histórico y la necesidad de establecer una nueva dirección, en palabras que resuenan en el texto de Pedreira: “Si bajo la influencia de este libro, algunos hombres de la nueva generación se dedican a la técnica en vez de al lirismo, a la marina en vez de a la pintura [...] harán lo que yo deseo”.⁷¹

El control del territorio constituye otro problema central para Pedreira, y dedica varias páginas al tema. Destaca la necesidad de defender a los propietarios criollos, es decir, al pequeño propietario, puesto que la tierra “por encima de la ley que limita su posesión a 500 acres, vuelve a una división mayoritaria, pero esta vez bajo una superlativa explotación de corporaciones absentistas, responsable, entre otras cosas, por su dedicación monopolizadora, de la esclavitud dietética en que hoy vive nuestro pueblo.”⁷² En el discurso nacional de Pedreira, hay una reivindicación material y espiritual que lleva a la crítica del estado colonial, y a pensar quizás, en un nuevo estado autónomo. La perversión de la dependencia colonial aparece siempre en oposiciones binarias. La estrategia retórica característica consiste en atenuar cada afirmación con la negación correspondiente; es su modo polémico y le da a su lenguaje la capacidad de apertura:

Hablamos de nuestra tierra y la hemos vendido; nos llamamos Rico y somos pobres; la caña nos aniquila y nos da vida; el café queda constantemente amenazado por los ciclones y el tabaco por los compradores; podemos producirlo todo y ya importamos hasta la carne y los tomates; las corporaciones nos explotan y dan de comer al obrero; el absentismo se lleva nuestra

⁷⁰ *Ibid.*, p. 12.

⁷¹ Oswald Spengler, *La decadencia de Occidente*. Trad. Manuel G. Morente, Madrid, Espasa Calpe, 1923.

⁷² *Ibid.*, pp. 49-50.

riqueza y el país no tiene capital para substituirlo; se pelean dos idiomas y no podemos prescindir de ninguno.⁷³

¿Qué forma toma la historia nacional? Pedreira establece un marco cronológico que permite la formulación de un “destino” histórico, un espacio de legitimación para sus héroes y, por último, la búsqueda de una salida. Su lenguaje es deliberadamente metafórico: se trata del “despertar” de Puerto Rico a la historia, orígenes que más tarde están representados simbólicamente como una “infancia”. La infancia será un paradigma persistente en su versión de la historia, esencial a la coherencia del texto y a su concepción según la cual “el pueblo”, pueril y dependiente, puede, no obstante, llegar a ser educado.⁷⁴ Es un proyecto, algo por construirse. La posibilidad de saber algo sobre la historia como un todo reside precisamente en esta suerte de periodización que organiza el relato:

[...] los primeros tres siglos de historia constituyen nuestro período de lactancia. Desde la falda de la nación descubridora hicimos al mundo las primeras gracias. Luego empezamos a gatear y a recibir golpes; al empezar el siglo XIX dimos, con marcada dificultad, los primeros pasos en el campo de la cultura. Al perder la madre patria sus hijos americanos y al observar el carácter díscolo de nuestra hermana Cuba, para los españoles de allá nos convertimos, por nuestro buen

⁷³ En la sección denominada “Tablero de ajedrez”, p. 138.

⁷⁴ Existe sin duda una larga tradición que representa al “pueblo” como inarticulado, en particular en la historiografía romántica. Lionel Gossman, al referirse a Michelet, escribe: “Es necesario señalar que Michelet nunca dudó que el pueblo debía ser conducido y que sus libros tenían que ser escritos para él. Como la naturaleza o las mujeres o el pasado, en una palabra, el pueblo, era inarticulado, *infans*, y sólo podía lograr conciencia y expresión de sí a través de la mediación de aquel que, como Michelet, era a la vez uno de los suyos y estaba más allá de él” (La traducción es mía). En su “Michelet and Romantic Historiography”, ahora en *Between History and Literature*, citado más arriba, p. 188.

comportamiento, en el *enfant gaté*, en el niño mimado de la escasa familia hispánica.⁷⁵

Por otra parte, el paradigma *ascenso-caída*, recurrente en el texto, le permite armar la "trama" del ensayo descubriendo el hilo que lo conduce y el peligro, para él, de la quiebra de la tradición. El movimiento ascendente de la "personalidad" de Puerto Rico quedó "interrumpido" en el año 1898, siempre atrasado respecto de sí mismo. En una de sus declaraciones características, Pedreira exalta el siglo 19 como un período progresivo en el que se afirmó el nacionalismo liberal, marcando el comienzo de una voluntad política. Pero, en el "tablero de ajedrez puertorriqueño", las piezas quedaron en 1898 abruptamente recolocadas. En el discurso nacional, se expresa simbólicamente un cambio de valores:

En los momentos en que íbamos a iniciarnos en una nueva vida política la guerra hispanoamericana malogró el intento y nuestro natural desarrollo sufrió un síncope. De una polarización europea pasamos sin sentirlo a una polarización norteamericana. El Presidente MacKinley dio un jaque mate al Rey de España, y el tablero de ajedrez puertorriqueño ha sentido desde entonces que sus piezas se mueven en otras direcciones. Entre estos dos estilos de vida nuestra personalidad se encuentra transeúnte, en acción pendularia, soltando y recogiendo, en un ir y venir buscando rumbo, como paloma en vuelo y sin reposo.⁷⁶

Tres "momentos" confieren significado a la historia narrada por Pedreira y establecen las bases para un proyecto de reconstrucción destinado a escapar el "período de transición" y a la dispersión que es la "crisis" del presente. La categoría de lo "transicional" e "inestable" es indispensable: la misma "inestabilidad", casi obsesiva, permite el movimiento y la energía para transformar el presente, que aparece como un interludio. Se trata de otra frontera: "Somos una generación

⁷⁵ *Insularismo*, p. 175.

⁷⁶ *Ibid.*, pp. 99-100.

fronteriza, batida entre un final y un comienzo, sin saber a dónde dirigir las requisiciones necesarias para habilitar nuestra responsabilidad".⁷⁷

La historia constituye un intento por establecer orden en una sociedad cuya forma de vida concreta ha sido frustrada por una cultura y un poder imperiales, por una invasión exterior. El canon interpretativo de Pedreira aparece en las primeras páginas, incorporando la noción de discontinuidad, pero implicando la esencial posibilidad final y concluyente. La historia se articulará a través de la mediación de una conciencia privilegiada, capaz de articular el *telos* de la nación. En la periodización que ofrece Pedreira, se mira hacia adelante, abriéndose hacia un ámbito futuro:

Yo veo tres momentos supremos en el desarrollo de nuestro pueblo: el primero, de formación y acumulación pasiva; que empieza con el descubrimiento y la conquista y termina en los últimos años del siglo XVIII y primeros de XIX; el segundo, de despertar e iniciación, que empalma con el anterior y cierra con la guerra hispanoamericana; el tercero, de indecisión y transición en que estamos. Así pues, en el primer momento, no fuimos otra cosa que una fiel prolongación de la cultura hispánica; en el segundo empezamos a descubrir un ademán independiente dentro de aquella, y en el tercero hemos querido continuar su desarrollo, pero con la modificación de un nuevo gesto de la cultura occidental (el sajón) superpuesto a su crecimiento. No me interesa, por ahora, discutir el resultado de este último injerto sino señalar la discontinuidad de nuestra íntima evolución, que no llegó a madurar plenamente. Tuvimos nacimiento y crecimiento pero no renacimiento.⁷⁸

Esa cronología le permite narrar la "historia" de la tierra, de las letras y la vida política, subrayando siempre el paradigma *caída-ascensión*, impregnado a veces con la nostalgia de un paraíso perdido. Esto puede observarse, por ejemplo, en la

⁷⁷ *Ibid.*, p. 218.

⁷⁸ *Ibid.*, pp. 15-16.

importante sección que Pedreira dedica a la “tierra y su significado”. Allí aborda, como lo hace Guerra y Sánchez en *Azúcar y población*, el problema de la exacción de la tierra, consecuencia del acoso llevado a cabo por las corporaciones azucareras. Constantemente, opone un pasado ideal de pequeños hacendados a las grandes refinerías azucareras de su presente. Una vez más, aparecen los “tres momentos” que cubren los “orígenes” y la “decadencia”, que culminan en la destrucción del “pequeño propietario” y dan lugar a la “superlativa explotación por corporaciones absentistas”. El latifundio es la caída, como en Guerra y Sánchez representa la *decadencia*. Los comienzos de un orden social se desbaratan:

Es curioso notar que el aspecto económico de la tierra varía distintamente de acuerdo con los tres momentos en que dividimos el curso de nuestra historia. En el primero, pausado y unitario, los repartimientos y las encomiendas hacían de ella una vasta finca a medio cultivar, con un considerable margen inactivo de bosques, pastos, ciénagas y campos huraños. En el segundo, inquieto y decisivo, se fragmenta en abundantísimas parcelas en que el interés de los más aprovecha mejor su rendimiento con pequeños cultivos responsables de la mayor parte de nuestra dieta. Y en el tercero, indefinido y problemático, la tierra pierde su pequeño propietario [...]⁷⁹

Paralelamente, Pedreira enmarca su narrativa en categorías raciales concebidas en términos binarios y declaradas sin titubeos, como se observa cuando tiene que nombrar lo híbrido, lo mestizo, el “grifo”. A diferencia de Guerra, en cuyo texto la importancia de lo racial es tanto más obvia cuando menos esté en el discurso, Pedreira enfrenta directamente la cuestión estableciendo diferencias y oposiciones. La mezcla racial es, para

⁷⁹ *Ibid.*, pp. 49-50. La “cronología”, digamos entre paréntesis, es una estrategia textual, y tiene más importancia como expresión del tiempo de la representación cultural y con la escritura, que con los “hechos” históricos. Este interesante problema ha sido estudiado por Homi K. Bhabha en su ensayo “DissemiNation...”, citado arriba.

él, origen "confusión", la alteridad máxima. Afirma la debilidad de la "raza inferior", es decir, de la herencia africana en Puerto Rico, mientras que en flagrante contraste asocia a los europeos y a sus descendientes con la Razón y la civilización. Ellos son los dueños racionales de su propio destino, y encarnan las categorías de progreso y libertad. Aunque Pedreira soslaya el problema de la esclavitud, habla de una "pugna biológica de fuerzas disgregantes y contrarias", y sostiene que luchan en el mestizo "dos razas antagónicas de difícil conjugación y opuesta cultura". En ellos coexisten -pelean, enconadamente- dos razas: "una, que es la superior, y la otra que es la inferior". Una, podría decirse, constituye la desconstrucción de la otra. En términos hegelianos, Pedreira reconoce en el mestizo la dialéctica del amo y del esclavo. Entre ambas razas, agrega, "mediaba la distancia que separa al hombre libre del esclavo, al civilizado del bárbaro, al europeo del africano".⁸⁰ El mestizo, sobre todo, es amenazante; su "bajeza" le impide reconocer la nobleza de los superiores:

En estos casos indecisos el atavismo trabaja tan lentamente que nadie puede sospechar la existencia de una guerra civil biológica en determinados miembros del árbol genealógico. He aquí el *no man's land* de nuestra vida social y una nueva razón para mantener en beneficio de todos una diplomática cordialidad.⁸¹

Es importante recalcar que esta ideología racial se corresponde siempre con la dicotomía *civilización-barbarie*, que también puede ser leída como dos esferas radicalmente antitéticas: cuerpo-espíritu, inocencia y corrupción, decisión y sumisión. Desde esta perspectiva, la barbarie constituía una amenaza potencial que podía destruir el tejido de las virtudes de la sociedad ilustrada. El papel de la crítica intelectual, en la práctica de Pedreira -como en la de Guerra y Sánchez- consiste en exponer todos los deterioros morales y las falsas apariencias

⁸⁰ *Ibid.*, pp. 22 y 24.

⁸¹ *Ibid.*, p. 28.

creadas por esta amenaza de heterogeneidad y discontinuidad que resultan intolerables.

En su alegoría de la identidad nacional, no todo merece ser "integrado" y no todos tienen derecho a la ciudadanía: la "raza inferior" es una fuerza "disgregante" que amenaza con su nihilismo destructivo; sólo suscita resentimiento y está atravesada por el "otro". El "heroísmo", es decir, el coraje y la audacia, provienen de la "sangre europea", de los representantes de la Razón y el orden en medio del caos, agentes de la reforma intelectual y moral. La "indecisión" proviene de la "sangre africana" que los escritos de Pedreira -como los de Guerra y Sánchez- desaprueban en forma incesante. Lo "africano" es una figura grotesca que encarna lo inacabado y lo indefinible, y por lo tanto representa la amenaza de discontinuidad. Los descendientes de africanos no tienen capacidad de expresión intelectual o espiritual; sólo se dedican al disimulo y a las más escrupulosas manipulaciones. Como ha señalado certeramente David Goldberg, la historia del racismo se puede leer en las reinterpretaciones conceptuales, que pueden ser biológicas o sociales.⁸² En Pedreira, esto está representado discursivamente en términos de la coexistencia conflictiva del esclavo y del amo:

En el fondo de nuestra población encontraremos sin ardoroso empeño una pugna biológica de fuerzas disgregantes y contrarias que han retardado la formación definitiva de nuestros modos de pueblo. El señor y el peón que viven en nosotros no logran limar sus asperezas y aparejamos a nuestra condición de amos la triste situación de inquilinos perpetuos. La firmeza y la voluntad del europeo retienen a su lado la duda y el

⁸² Ver el ensayo de David Theo Goldberg, "The Social Formation of Racist Discourse", pp. 295-318 en el libro editado por él mismo, *Anatomy of Racism*. Minneapolis, University of Minnesota Press, 1990. Ver también el importante artículo de Kwame Anthony Appiah, "Racisms", pp. 3-17. Asimismo, ver el ensayo de Cornel West, "A Genealogy of Modern Racism" en su *Prophesy Deliverance!: An Afro-american Revolutionary Christianity*. Philadelphia, Westview Press, 1982, pp. 47-68.

resentimiento del africano. Y en los momentos más graves nuestras decisiones vacilan en un ir y venir sin reposo buscando su acomodo. Nuestras rebeldías son momentáneas; nuestra docilidad permanente. En instantes de trascendencia histórica en que afloran en nuestros gestos los ritmos marciales de la sangre europea somos capaces de las más altas empresas y de los más forzados heroísmos. Pero cuando el gesto viene empapado de oleadas de sangre africana quedamos indecisos, como embobados ante las cuentas de colores o amedrentados ante la visión cinemática de brujas y fantasmas.⁸³

La discusión sobre los peligros de la democracia es especialmente relevante. En *Insularismo*, Pedreira establece la identidad y legitimidad de los letrados, "los mejores hombres", los protagonistas principales de su historia que ahora se sienten amenazados -captamos aquí los ecos de Ortega y Gasset, de Spengler, de Guerra y Sánchez y de Mañach- por los "ineptos" y por su destrucción nihilista de todas las pautas y valores morales. En un capítulo denominado significativamente "Intermezzo: una nave al garete" -Pedreira sostiene sus figuras metafóricas-, comenta lo que a juicio suyo es el empobrecimiento de la cultura: "La vida se nos corrompe dentro de un sólido utilitarismo, y la cultura ha perdido sus mejores categorías por la plebeya depauperación intelectual a que la ha sometido la vulgaridad del presente".⁸⁴ Los ineptos,

⁸³ *Insularismo*, p. 29. Para una discusión de las ideologías raciales en el ensayo hispanoamericano en el contexto de la tradición positivista, ver de Martin S. Stabb, *In Quest of Identify*, citado anteriormente, en especial los capítulos 2, "The Sick Continent and its Diagnosticians" y 3, "The Revolt Against Scientism", pp. 13-57. Ver también el excelente ensayo de Charles A. Hale, "Political and Social Ideas", en *Latin America: Economy and Society, 1870-1930*, de Leslie Bethell, ed. Cambridge, Inglaterra Cambridge University Press, 1989, pp. 225-229. También el libro de Nancy Leys Stepan, "The Hour of Eugenics": *Gender, Race, and Nation in Latin America*. Ithaca, Cornell Univeristy Press, 1991.

⁸⁴ *Insularismo*, p. 115.

sin norma ni ley, y dominados por la necesidad y la democracia, amenazan con destruir las tradiciones de la élite cultivada: “La democracia, en crisis hoy en la mayor parte del mundo, ha establecido normas para beneficiar a los ineptos y regatear sus fervores a los inteligentes [...] La democratización de la enseñanza pública provee para las mayorías sin amparar proporcionalmente a las minorías que se ven obligadas a rebajar sus aptitudes”.⁸⁵ Sólo los “hombres importantes”, como había proclamado Spengler, podían sentir el movimiento de la historia, mientras que el “hombre vulgar” vive en la pura superficie.⁸⁶

Pedreira dedica toda una sección a narrar detenidamente la historia literaria, para “organizarla”, y expone una defensa de las literaturas “nacionales”. Sus héroes son los hombres representativos, los autonomistas y abolicionistas liberales del siglo 19, a quienes propone, pese a su florecimiento relativamente breve, como modelos. Ellos son representativos de las necesidades, intereses y aspiraciones de una élite capaz de desempeñar un papel dirigente mediante la negociación y el discurso. Sus ideales pueden ser realizados más por la persuasión que por la fuerza.

Fundamentalmente, son ellos quien encarnan las virtudes deseadas y, a la vez, los mecanismos de legitimación, a quienes necesariamente Pedreira debe referirse para construir su propia identidad y autoridad. “Cuando me pregunto por la honradez patriótica, señalo en primer lugar a Baldorioty; cuando busco un carácter lo encuentro en Ruiz Belvis o en Betances; una mente filosófica: Matienzo o López Landrón; un periodista: Brau o Muñoz Rivera [...]”.⁸⁷ Esa será la base de la posible continuidad letrada, su horizonte moral, lo que en la revista *Indice* acaso el mismo Pedreira llamó la “santa continuación”.⁸⁸

⁸⁵ *Ibid.*, pp. 106-107.

⁸⁶ Ver *La decadencia de Occidente*, citado antes, p. 87 y siguientes.

⁸⁷ *Ibid.*, pp. 36-37.

⁸⁸ En el editorial del mensuario se acentúa la continuidad y la validación a través de la tradición: “Es inquietud de gente moza el anhelo de comenzar la historia. Para reconstruir el mundo con arreglo a privativos módulos de expresión, parece tarea más fácil ignorar los

Junto a estos hombres, las mujeres, según la división sexual del trabajo que propone Pedreira, “debieran preocuparse en formar las verdaderas amas de casa que aquí necesitamos”. Para él, el espacio público está reservado para el hombre y la mujer debe concentrarse en el interior de la familia: “las exigencias de la vida pública no deben malograr a la ama de casa ni rebajar a un segundo término la atención que en todo momento se debe a la economía doméstica”.⁸⁹ Pedreira lamenta, sobre todo, la “invasión” femenina en el espacio educativo: “Otro asunto de lamentable virginidad entre nosotros es el peligroso acaparamiento por parte de la mujer de las faenas escolares”.⁹⁰ Las mujeres están fuera de su lugar pertinente; Pedreira teme su influencia en la esfera pública. Según él, poseen educación pero carecen tanto de profundidad emocional como de rigor intelectual. Es preferible que los hombres se encarguen de la educación: “[...] Hay en los hombres una manera peculiar de enfrentarse a la vida, de chocar con ella, de situarse frente a las cosas, que influye distintamente en el carácter en formación del educando”.⁹¹ Su visión sexual de la realidad, como en el *Ariel*

esfuerzos precedentes, [...] Porque historia es continuación, santa continuación de vida. No mecánica reiteración de actitudes, ni vigencia de iguales normas bajo circunstancias divergentes, ni brusca sacudida, ni repentino empezar, sino avance evolutivo, empeño ascensional, realización pausada del espíritu en la cultura: uno el espíritu; la cultura, varía en ritmo y expresión. Ingenua tarea la de comenzar la vida. Continuarla, sí. [...] Cultura es sujeción a un pasado vivo. Y no realizará obra de cultural empeño quien desconozca las directrices vitales de la tradición, porque la fábrica eruirá su recia arquitectura sobre el basamento granítico que construyeron generaciones idas”. *Indice*, año I, núm. 6, 13 de septiembre, 1929, p. 83.

⁸⁹ *Insularismo*, p. 135.

⁹⁰ *Ibid.*, p. 133.

⁹¹ *Ibid.*, ver los pasajes pertinentes en pp. 132-137 (la cita está en la p. 134). Sería interesante seguir con más detalle el problema del lugar de las mujeres en el discurso de Pedreira, en especial la vinculación de las mujeres con la cultura de masas, mientras que la “auténtica” cultura sigue siendo una prerrogativa masculina. Ver Andreas Huyssen, “Mass

de Rodó, se manifiesta sobre todo en el lenguaje, y atraviesa el ensayo como un motivo recurrente. Podemos ver un ejemplo ilustrativo cuando se lamenta del empobrecimiento de las maderas autóctonas: "Los árboles más vigorosos y machos de nuestro suelo han cedido su puesto a otros más femeninos y ornamentales, como el pino y el ciprés."⁹² Resulta curioso que en la recepción de *Insularismo*, algunas escritoras, como Concha Meléndez y Nilita Vientós Gastón, celebraron el libro y no sintieron la necesidad de comentar los pasajes que Pedreira dedica a la mujer.⁹³

Pedreira funda su autoridad en la función mediadora del heredero ilustrado: su orden es paternalista, pero al servicio del desarrollo científico y técnico en la esfera política pública. Su juicio crítico, negativo, estaba destinado a contribuir a la constitución de un nuevo espacio para el liderazgo político e intelectual capaz de librar a los puertorriqueños de los fantasmas de su historia. Sobre todo, a los "herederos" les correspondía afirmar la posibilidad de transformación, ordenar

Culture as Woman: Modernism's Other", en *After the Great Divide*. Bloomington, Indiana University Press, 1989, pp. 44-62.

⁹² *Insularismo*, p. 42.

⁹³ Ver por ejemplo la reseña de Nilita Vientós Gastón en la *Revista de la Asociación de Mujeres Graduadas*, II, vol. 2, enero de 1940. Allí afirma: "Ninguna obra de la literatura puertorriqueña merece ser mejor leída, comentada, analizada y comprendida que *Insularismo*", (p. 17). Concha Meléndez, en otra reseña aparecida en la *Revista Hispánica Moderna*, vol. 1, 1935, escribe: "Con *Insularismo*, Pedreira se ha incorporado a esa juventud de Hispanoamérica que, como Juan Marinello y Jorge Mañach en Cuba, Abreu Gómez y Ramos en México, Mariátegui y Luis Alberto Sánchez en el Perú, bucea en el medio de sus nacionalidades respectivas" (pp. 269-270). Una excepción es Margot Arce de Vázquez, quien sí expresó su discrepancia crítica frente a la concepción de la mujer de Pedreira: "Quiero y debo advertir que el juicio del autor sobre la mujer recoge muchos de los ingenuos prejuicios del siglo XIX [...] Resulta inexplicable que Pedreira haya dejado sobre la mujer palabras que más parecen un alarde de ingenio snob que una estimación desapasionada y ecuánime". Ver este importante ensayo en *Impresiones*, citado antes, pp. 115-116.

-es otro de sus tropos- el “rompecabezas”. En la sección titulada “Afirmación puertorriqueña” encuentra su fin y propósito, y formula su respuesta: “[...] existe el alma puertorriqueña disgregada, dispersa, en potencia, luminosa fragmentada como un rompecabezas doloroso que no ha gozado nunca de su integralidad. La hemos empezado a crear en el último siglo de nuestra historia, pero azares del destino político nos impidieron prolongar hasta hoy el mismo derrotero”.⁹⁴ Naturalmente, por encima de las incertidumbres, el intelectual se sentía llamado a denunciar el obstáculo que representaba el régimen colonial. Pedreira lo afirma de manera enfática en las páginas más explícitamente políticas del ensayo: “El coloniaje nos tiene acostumbrados a que otros hombres piensen por nosotros soluciones y remedios en los cuales no hemos intervenido”.⁹⁵

⁹⁴ *Insularismo*, p. 174.

⁹⁵ *Ibid.*, p. 123. En el mensuario *Indice* de 1931, Pedreira celebra el nombramiento de un canciller puertorriqueño a la Universidad de Puerto Rico como una conquista necesaria para superar el “complejo de inferioridad”. Sus palabras ponen de relieve la voluntad de actuar en el espacio público y de enfrentarse a los “expertos” extranjeros: “Como puertorriqueño -y llama así a todos los nativos y a todos los que no siéndolo sienten un amor desinteresado por Puerto Rico- nos debemos sentir altamente halagados porque un representante de la juventud actual venga a ocupar uno de los más altos puestos públicos (y el más alto de nuestras instituciones docentes) porque esa exaltación ganada en buena lid y competencia, ayudará a desvanecer en parte, ese complejo de inferioridad que nos ha servido de tara en nuestra evolución cultural. Ha gravitado sobre nosotros un cúmulo de ideas peyorativas haciéndonos pensar injustamente que estamos incapacitados para los altos menesteres. Hemos vivido siempre atentos a la sanción oficial, apoyados en la autoridad ajena que en plurales ocasiones se manifiesta en una ignara legión de expertos, que tras sesudos estudios y largas cavilaciones, llegan a descubrir de manera indubitable, que la changa es un animalito muy perjudicial a la agricultura, o que las ausencias de los estudiantes perjudican grandemente a los estudios y a las notas finales de los mismos”. En “Presentación del nuevo Canciller Don Carlos E. Chardón, al Claustro de Profesores de la Universidad de Puerto Rico”, *Indice*, año II, núm. 24, marzo de 1931, p. 397.

Con el propósito de contrarrestar el olvido, Guerra y Pedreira sintieron la necesidad de revelar -descubrir- los orígenes y escribieron con pasión y elocuencia sobre su orientación y finalidad. La *cultura* y, en especial, la *cultura nacional*, se convirtió en una realidad política. Su nuevo énfasis en la *diferencia* y en el trazado de líneas de inclusión y exclusión constituía una estrategia literaria e histórica contra el estado colonial y el dominio azucarero. En *Azúcar y población en las Antillas* y en *Insularismo*, Guerra y Pedreira fundaron sus propios *beginnings*, el espacio y el tiempo históricos en los que la memoria de los letrados liberales -una generación anterior, mejor emplazada- podría estar segura por un tiempo. Sin duda, los cambios socioeconómicos y culturales a los que estaban expuestos eran arrolladores. Su concepción nacionalista de la cultura histórica obedece a su lucha por recuperar -restaurar- poder y autoridad. Frente a las quiebras y rupturas introducidas por la modernidad colonial, lo importante para ambos era la posibilidad de superación. Sus textos son muchos más que una cuestión teórica; ambos invocan orígenes con potencia suficiente para constituir una cultura y darle cohesión. Quizás no se ha advertido hasta qué punto Guerra y Pedreira subrayan la posibilidad de continuación de la cultura, que no aparece reñida con el "progreso". Pedreira lo expresa categóricamente; la "regresión" es inadmisibles: volver atrás es inútil. La movilidad del espíritu no admite regresiones, y a cada momento se sacude de las cenizas del pasado, sin apagar por eso las brasas encendidas".⁹⁶

En sus narrativas, la falta de una nación "completa" se debe principalmente a la presencia de los "otros", quienes debilitan e impiden el desarrollo de bases reales e ilustradas, pues están desprovistos de tradición en que asentarse. En su "comunidad imaginada" -para usar el término de Benedict Anderson- la exclusión de quienes eran incapaces de memoria y de futuro era absolutamente necesaria. Para Guerra, por ejemplo, el caso ominoso de Barbados es una lección central. Sin embargo, el vacío del presente, que pone en cuestión la permanencia o la

⁹⁶ *Insularismo*, p. 219.

viabilidad de la nación, es sólo provisorio: hay esperanzas de renovación y de acción política. De hecho, ese vacío no era necesariamente una carencia; podía vivirse como una oportunidad. Los intelectuales están dispuestos a conducir y construir el progreso, mientras luchan, al mismo tiempo, por contener la "rebelión de las masas", para utilizar la desdeñosa noción de Ortega y Gasset. La causa de su optimismo residía en el supuesto de que el proceso histórico tenía un *telos* inmanente que se desplegaría gradualmente desde el pasado. La forma "final" de la nación, hasta entonces indefinida, estimuló a Guerra y a Pedreira para dar rienda suelta a su imaginación, pero el "enemigo íntimo" seguía hablando en su discurso sobre el progreso, la raza y la "superioridad" de la alta cultura. Pedreira reivindica la posibilidad de emancipación como un hecho crucial y posible: "En estas horas de aguda crisis para nuestra cultura debemos cultivar la fe en nosotros mismos y preocuparnos por la producción de hombres egregios".⁹⁷ No había desacuerdo acerca de la necesidad de llevar a cabo una innovación cultural, pero ellos querían definir muy claramente -poner límites- a la naturaleza y los fundamentos de esta actividad.

En la producción del discurso nacionalista, como señaló Chatterjee, "el elitismo resulta ineludible [...] ya que, en rigor, sólo un intelecto sumamente cultivado y sutil puede realizar la operación de síntesis cultural. Se trata de un proyecto de regeneración cultural-nacional guiado por la *intelligentsia*, a veces con contenidos mesiánicos, y llevado a cabo por la nación".⁹⁸ Retomemos la importante declaración de Bolívar a la que se aludió al comienzo de este ensayo; Bolívar comienza precisamente en el lugar privilegiado de la autoridad del heredero: "[...] siendo nosotros americanos por nacimiento y nuestros derechos los de Europa [...]". Esos derechos eran el único firme refugio que había quedado intacto. El carácter político del discurso nacionalista es evidente, pero esta política se funda en la autonomía de la voluntad y en la conciencia de

⁹⁷ *Insularismo*, p. 116.

⁹⁸ En *Nationalist Thought*, citado antes, p. 73.

una tradición intelectual, así como en las virtudes de los pequeños hacendados ilustrados. La pasión misma de la confianza de Guerra y de Pedreira proviene de una concepción ilustrada del hombre en su progresiva transformación de la naturaleza, y yace en gran medida, quizá en forma paradójica, en la "superioridad" de la civilización occidental y su tradición de exclusiones. Ambos participaban de una concepción carismática de las élites, cuya tradición "civilizatoria" refundó José Enrique Rodó en *Ariel*. Ahora bien, su lealtad a España y a los *beginnings* hispánicos se fundaba, en un sentido, en su convicción de poder superar esos modelos y crear una nueva imagen para sus países, que también serviría para transformarlos en naciones modernas. Los "derechos de Europa" eran tan necesarios como lo era la manipulación de la cultura del nuevo centro metropolitano colonial. Para Pedreira ese enemigo era muy íntimo, pero podía ser osadamente asimilado. Hacia el final de su ensayo lo formula, en toda su pragmática ambigüedad, produciendo un programa y produciéndose como intelectual: "Al manipular ambas culturas, no podemos ni debemos vivir de espaldas a las derivaciones naturalizadas que forman el bosquejo de nuestra personalidad".⁹⁹

⁹⁹ *Insularismo*, p. 219.